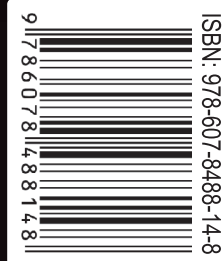


Del **Linaje** de la  
**Humanidad**



**D**ante Alighieri y Miguel de Cervantes Saavedra, personas del linaje de la humanidad, varones hechos de entrañas; no sólo de ideas y de pensamientos. Acudimos a algunos pasajes de sus obras, convertidos en vitrales en dos naves; un rosetón de estrellas para que el lector-espectador se acostumbre gradualmente a hablar al oído de las estrellas y escuchar a Dante, Virgilio, Horacio, Ovidio, Sancho, don Quijote de la Mancha... Ellos nos esperan, quizá a algunos ya los llevemos muy dentro de nuestro ser. Seguimos buscando, con anhelo, su voz de la otra ladera: palabras divinas, de sosiego, orden, medida, peso, número y ritmo que den vitalidad al cuerpo, gracia al alma, luz al entendimiento, virtud a la voluntad, para habitar en la beldad de Dios.



Del **Linaje** de la  
**Humanidad**





Del **Linaje** de la  
**Humanidad**



**Rubén González Argüelles**  
**Vicente Preciado Zacarías**  
**Ricardo Sigala**

**Vitrales**  
**Alberto Vázquez García y Leonardo Moreno Arellano**

Colegio México Franciscano, Zapotlán el Grande, Jalisco  
2019

**DEL LINAJE DE LA HUMANIDAD**  
Tercera edición 2019

© Rubén González Argüelles  
© Ricardo Sigala  
© Vicente Preciado Zacarías  
© Alberto Vázquez García y Leonardo Moreno Arellano autores de los vitrales  
© Rubén Orozco por fotografías de los vitrales

© Colegio México Franciscano  
Federico del Toro 205, Col. Centro, C.P. 49000, Zapotlán el Grande, Jalisco

D.R. © Puertabierta Editores, S.A. de C.V.  
Ma. del Refugio Morales 583, Col. El Porvenir, Colima, Col.  
*www.puertabierta.com.mx*

ISBN: 978-607-8640-14-0

Diseño: Pablo César Oliva Brizuela | [pablocesarolivabrizuela@hotmail.com](mailto:pablocesarolivabrizuela@hotmail.com)  
Impreso en México / *Printed in Mexico.*

---

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

---

A nuestra provincia de los Santos Francisco y Santiago en México.

A la comunidad educativa franciscana del sur de Jalisco.

A Vicente Preciado Zacarías, maestro entrañable.

*RGA*







## PREFACIO

ESTE LIBRO PRETENDE oficiar como una guía iconográfica a propósito de los vitrales con pasajes del *Quijote* y la *Divina Comedia*, para quienes transitan y discurren ante los muros de la Sala Magna del Colegio México Franciscano de Zapotlán el Grande, Jalisco.

*Los autores*





# CONQUISTA DEL LINAJE DE LA HUMANIDAD

Rubén González Argüelles, ofm.

Es arduo lo bello  
*Proverbio griego*

EL SENTIDO DE la existencia humana se va descubriendo gradualmente cuando la persona determina aprender y ampliar humanidad en sí misma. Ser persona de linaje con todas sus implicaciones es imperativo omnímmodo de todo ser humano: Dante Alighieri concommitado por el poeta Virgilio, el escudero Sancho Panza muy propincuo a su señor Don Quijote; son ejemplos impolutos de cómo el hombre, cuando elige «trashumanarse» (*trashumanare*), —elevarse sobre sí mismo—, es investido por la sabiduría, logrando alcanzar los más altos niveles de humanidad.

Al titular esta reflexión acudo al verbo *conquistar* en su raíz semántica de operación militar: «Ganar, mediante operación de guerra, un territorio, población, posición, etcétera. Conseguir algo, generalmente con esfuerzo, habilidad o venciendo algunas dificultades. Lograr el amor de alguien, cautivar su ánimo».<sup>1</sup> ¿Por qué es tan difícil para la persona ser de raíz, manantial de esencias o vivir en altura de humanidad? La persona en su entraña es misterio, su vivir personal pertenece al espacio de la complejidad y cuando vive fuera de sí misma, desnuda de sabiduría, es arrojada por lo estulto, lo complicado de la existencia humana. Dámaso Alonso en su poesía *Monstruos* canta con su métrica voz:

No, ninguno tan horrible  
como este Dámaso frenético,  
[...]  
como esta bestia inmediata  
transfundida en una angustia fluyente;  
[...]

---

<sup>1</sup> Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Edición del Tricentenario, Espasa, Barcelona, 2014, p. 608.

«Oh Dios,  
no me atormentes más,  
dime qué significan  
estos monstruos que me rodean  
y este espanto íntimo que hacia ti gime en la noche».<sup>2</sup>

El humanista busca a Dios, solivia con la unción de las palabras el color hiriente de su condición humana. La existencia humana es una lucha por la coexistencia, en la que existe una paz soterrada. Así como en el conflicto hay una reconciliación ínsita, bajo ella está el problema latente. La persona es dialéctica de contrarios, la vida humana es tarea —faena— existencial y tara —peso sin calibrar— esencial<sup>3</sup>; es pertenecer por condición al Misterio de Dios.

Linaje, ascendencia adánica o humanidad de Dios: Verbo Encarnado. El Abastado es origen y existencia plena, sólo de Él emerge el lugar de la vida. El comienzo del vivir humano es sólo de Dios: «El que subsiste por sí mismo y da ser a todo lo criado».<sup>4</sup> Fray Luis de Granada, —príncipe de la lengua castellana—, en sus escritos dice: «Por el linaje exhortamos al estudio de la virtud, para que no degeneren el hombre de las costumbres y nobleza de sus padres. Y de aquí también tomamos motivo para amplificar la maldad de los que degeneraron esta nobleza, y para conjeturar las costumbres de los que nacieron de padres ruines».<sup>5</sup> Estudio de la virtud, porque la naturaleza esciente no cultivada lleva abrojos, adelfas, espinas. Debe ayudarse en Dios, por la elección de buenos libros que alumbren el entendimiento y extiendan la vena del ingenio humano que es muy angosta. El estudio —seguimos con fray Luis de Granada— es una continua y vehemente ocupación del ánimo, aplicado con gran voluntad a alguna materia, condición. Virtud es fuerza espiritual o material, sustancia divina, integridad de aliento en bondad; en ella el hombre crea el hábito de vivir en el Espíritu creador. Hábito significa una constante, cumplida perfección del ánimo o del cuerpo en alguna materia, se realiza con mucho ejercicio, y el fruto que es la virtud se convierte en naturaleza, parece innata, no adquirida.<sup>6</sup> Fray Juan de los Ángeles invita al hombre a hacer cami-

<sup>2</sup> Alonso, Dámaso, *Hijos de la ira. Diario íntimo*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1998, pp. 107-108.

<sup>3</sup> Cfr. Ortiz-Osés, Andrés, «Dialéctica de contrarios» en *El duelo de existir*, Biblioteca Golpe de Dados, Zaragoza (España), 2013, pp. 37-39.

<sup>4</sup> De León, fr. Luis, «De los nombres en general» en *Obras Completas Castellanas I*, BAC, Madrid, 1991, p. 413.

<sup>5</sup> De Granada, Fr. Luis, «De la retórica eclesiástica» en *Obras III*, Biblioteca de Autores Españoles. Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, Rivadeneyra, M., Madrid, 1879, p. 514.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 493-517.

no real, ejercitarse en las virtudes —en constancia y perseverancia— y dejarse de seguir el hilo de los descuidados, desperdiciadores del tiempo, que olvidan el oficio propio de su vida: ser perfectos según su hechura Divina.<sup>7</sup>

Una forma de estudiar, adquirir virtud del linaje divino, es oficiar la vida, cantar de agradecimiento al Hacedor del universo, celebrar la existencia con un carácter templado, determinado hacia la sabiduría.<sup>8</sup> Oficiar es cultivar la *ilusión* de adquirir su origen, de quien pretende ser y desvivirse en serlo. Es un deseo elevado con argumento... Trascender lo mejor como lo más doloroso de la existencia, contando con el drama de no lograrlo.<sup>9</sup> En los momentos donde se descubre más fácilmente su religación ontológica —principio divino— con el Abastado es en las situaciones de su padecimiento: El dolor de ser hombre en este mundo, ahí busca él al Criador de su vida... Conquistar el linaje de su condición es el sentido de la existencia humana. La experiencia nos enseña que nada se consigue sin un trabajo arduo. Vale la pena cultivar el sentido deportivo de vitalidad, de esfuerzo en el espacio escolar donde nos encontramos. Buscar sólo el resultado cuantitativo del trabajo realizado cansa, se pierde el ánimo; hay que bregar por una cualidad intrínseca en contenido justo, bello de sustento y de fecundidad espiritual. Ser de entraña divina es determinarse el hombre a vivir en este mundo en altura de humanidad, a uncir su vida cotidiana con la divinidad que consiste en vivir: «La vida eterna que no es otra vida que ésta, sino que es la mismísima vida, porque vivir no consiste en hacer cosas, sino en poseerse a sí mismo. Y poseerse a sí mismo en Dios, es la vida una y única en este mundo, desde el nacimiento y después de muerto, por toda la eternidad».<sup>10</sup> Origen divino, composición, conquista de sí mismo es el oficio y obra propia del hombre en Dios, ser de su linaje.

Humanidad es todo lo que pertenece al género humano, Séneca dice: «Los hombres, es cierto, mueren pero la naturaleza humana permanece».<sup>11</sup> Pensar en lo humano es una posibilidad de rehacer, renacer en la visión de ser persona. Pasar de la teoría acrisolada en continua evolución a la vivencia de ella, es el sentido de todo esfuerzo formativo. El hombre en la medida en que

<sup>7</sup> De los Ángeles, fr. Juan, «Diálogo tercero. De cuatro puertas o entradas para el Reino de Dios, que son: humildad, abnegación de la propia voluntad, tribulación sufrida con paciencia y muerte de Cristo nuestro Redentor» en *Conquista del Reino de Dios*, BAC, Madrid, 1998, pp. 67-79.

<sup>8</sup> Cfr. *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana VII*, Herder, Barcelona, 1998, pp. 92-93.

<sup>9</sup> Cfr. Marías, Julián, «Ilusión e imaginación», «La ilusión como realización proyectiva del deseo» en *Breve tratado de la ilusión*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, pp. 38-43; 57-62.

<sup>10</sup> Laín Entralgo, Pedro, «La esperanza en Zubiri» en *Esperanza en tiempo de crisis. Unamuno, Ortega, Jaspers, Bloch, Marañón, Heidegger, Zubiri, Sartre, Moltmann*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1993, p. 213.

<sup>11</sup> *Diccionario Latín-Español*, Editorial R. Sopena, Barcelona, 1985, p. 736.

sea más humano será mejor persona y hará la vida más bella para los demás. «Pasan las civilizaciones; pero en los hombres quedará siempre la gloria de que otros hayan luchado por erigirlas», asevera Jaime Torres Bodet al comentar la obra mural *La Marcha de la Humanidad en la tierra y hacia el Cosmos*, del humanista David Alfaro Siqueiros.<sup>12</sup> El ser humano desde su nacimiento se incorpora al mundo, hace camino en la humanidad y tiene la posibilidad de conocer lo mejor, lo más fino y alto de ella. La grandeza, benignidad, mansedumbre, afabilidad; también la fragilidad o flaqueza propia del ser.

Humanidad como inspiración, vivencia estética, verdad encontrada, buenas letras, arte —para desarrollar y afinar el alma humana—, historia, poesía; como el empeño sostenido de vivir en lo mejor de sí, pasando inevitablemente por la desgarradura propia de la condición humana. A la humanidad de Dios acudimos, anhelamos como el humanista don Miguel de Unamuno: «¡Carne de Dios, Verbo encarnado, encarna nuestra divina hambre carnal de Ti!»<sup>13</sup> Ser de figura divina es alcanzar sublimidad en el estilo personal de vivir.

Dante Alighieri y Miguel de Cervantes Saavedra, personas del linaje de la humanidad, varones hechos de entrañas, de ganas; no sólo de ideas y de pensamientos. Acudimos a algunos fragmentos de sus obras, convertidos en vitrales en dos naves; un rosetón de estrellas para que el lector-espectador se acostumbre gradualmente a hablar al oído de las estrellas, escuchar a Dante, Virgilio, Horacio, Ovidio, Sancho el gobernador, don Quijote de la Mancha... Ellos nos esperan, quizá a algunos ya los llevemos muy dentro de nuestro ser. Seguimos buscando, con anhelo y audición, su voz de la otra ladera: palabras divinas, de sosiego, orden, medida, peso, número y ritmo que den vitalidad al cuerpo, gracia al alma, luz al entendimiento, virtud a la voluntad para habitar en la beldad de Dios.

El trabajo se desarrolla en dos perspectivas: Aprender y Ampliar humanidad. Vivir en composición de sí, de forma ascendente, en la maravillosa disciplina de lo esencial, en el deporte de los ideales, grandes actitudes, vivir en virtud y en madurez notable —inspiración, consistencia—, en gradación de un mundo interior selecto de espíritu, extender humanidad.

---

<sup>12</sup> Polyforum Siqueiros. Espacio de encuentro y cultura. Historia, descripción, murales. México D.F., p. 3.

<sup>13</sup> De Unamuno, Miguel, «Antología poética» en *Obras Selectas*, Espasa Calpe, Madrid, 1998, p. 936.

## I. APRENDER HUMANIDAD

Nosce te ipsum (Conócete a ti mismo)  
*Inscripción del templo de Apolo en Delfos*

DESDE LOS PRIMEROS años aprendemos muchas cosas: urbanidad, estudio, ciencia, trabajo, religiosidad, quizá el ocio lectivo, lúdico, cultural, pero algo que no debemos dejar de aprender siempre es humanidad.<sup>14</sup> ¿Qué significa «aprender humanidad»? Es esforzarnos cada día en ser personas en sentido selecto: vivir consigo mismo, con los demás en elevación de Espíritu. Ser sensibles ante las necesidades de los demás, estar abiertos al diálogo con todos, hacer del vivir humano un servicio de responsabilidad, abrir horizontes de esperanza a las personas que pasan por la pesada niebla de su existencia. Ser persona en sentido propio es la faena principal que debemos considerar en la multitud de quehaceres de nuestra existencia.

En un libro de oro hecho de siglos, fray Juan de los Ángeles enseña en qué consiste la conquista del Reino de Dios: habituarse

[...] a vivir dentro de sí mismo en este divino y esencial centro de su ánima, que, propiamente hablando, es el reino de Dios, donde él mora con todas sus riquezas. Y, si no me engaño, de este reino se entiende lo que dice Cristo por San Lucas: «Mi reino dentro de vosotros está» (Lc 17, 21); y éste comparó por San Mateo al tesoro escondido, que el que lo halló lo escondió más, y vendidas todas sus cosas, compró el campo en que estaba, para cavar en él más sus solas y para mayor libertad gozarle (*cf.* Mt 13, 44).<sup>15</sup>

Cultivar el hábito de vivir en sí mismo en Dios es el secreto de una fuerte personalidad, entender que para hablar con Dios no hay que ir al cielo, ni ausentarse de sí mismo ni darle voces... Es despertar la afición de andar dentro de sí mismo, es decir, vivir una vida esencialmente buena, no armada sobre palillos ni sujeta a los ojos del parecer humano.<sup>16</sup> Consiste en ser de Dios, vivir en anhelo de hacer su voluntad, de ahí brota la fuerza de ser continuamente de su Palabra por medio de las letras, música, ciencia, soledad, amigos en sentido estricto... Escondarse del ruido exterior, de la vorágine de una sociedad deshumanizada de un espíritu agrio, que a través de una eco-

<sup>14</sup> Cfr. Bestard Comas, Joan, *Aprender humanidad. Reflexiones cristianas para cada día*, PPC, Madrid, 2011, pp. 7-106.

<sup>15</sup> De los Ángeles, fr. Juan, «Diálogo primero. De la vida interior y centro del alma o Reino de Dios. De la armonía del hombre y de la verdadera inteligencia del mandamiento del amor», en *Conquista del Reino de Dios, op. cit.*, pp. 18-19.

<sup>16</sup> Cfr. *Ibid.*, pp. 270-278.

nomía cortoplacista centrada en lo inmediato —estatus, salud, educación, modas, publicidad, medios de comunicación— se vive sin ética, sin valor que es la idea del bien. José Ortega y Gasset habla de una sociedad de estar altos de moral o desmoralizados, dos actitudes que posibilitan o impiden que los pueblos lleven adelante su vida en bondad.<sup>17</sup> La persona que está habituada a vivir consigo misma, sabe algo de estudio, hábito, virtud de ser divina.

Aprender humanidad es vivir consigo mismo, ser mejor persona. Lo veremos en cuatro estamentos.<sup>18</sup>

### 1. *Persona y conformación*

Es la unidad en lo diverso de la constitución del ser: materia, energía, hechos, actitudes, estructuras sociológicas, procesos psíquicos, lenguaje, evolución del tiempo. En ellos hay orden, no caos, existe forma en la estructura y vinculación del ser. Tarea de la persona es vivir en conformación de su ser, cultivar su ánimo elevándose en el Espíritu<sup>19</sup>, conocer, cribar, unir lo diverso dando forma y unidad a su mundo interior. El no hacerlo lo llevaría por los vientos del tiempo personal sin orden, sin sentido elevado de su condición, convirtiéndose en un homúnculo. El mayor elogio que daba don Miguel de Unamuno a alguien que va por el camino ascendente de su condición, consistía en llamarle: «[...] todo un hombre, un hombre entero [...] Hombre puro es lo que hay que ser, y no sobre-hombre».<sup>20</sup> Dar forma, asentimiento a su ser desde una «secreta y rígida medida», como dice Rafael Alberti:

A ti, maravillosa disciplina,  
media, extrema razón de la hermosura  
que claramente acata la clausura  
viva en la malla de tu ley divina.

A ti, cárcel feliz de la retina,  
áurea sección, celeste cuadratura,  
misteriosa fontana de medida  
que el universo armónico origina.  
[...]

<sup>17</sup> Cfr. Cortina, Adela, «Labrarse un buen carácter» en *¿Para qué sirve realmente...? La Ética*, Paidós, Barcelona, 2013, pp. 29-48.

<sup>18</sup> Cfr. Guardini, Romano, «La estructura del ser personal» en *Mundo y persona*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2000, pp. 94-112.

<sup>19</sup> Cfr. De los Ángeles, fr. Juan, «Diálogo primero» en *Segunda parte de la Conquista ó Manual de vida perfecta*, Librería y Tipografía Católica, Barcelona, 1905, pp. 23-31.

<sup>20</sup> Cfr. González de Cardedal, Olegario, «Miguel de Unamuno: El Cristo de Velázquez» en *Cuatro poetas desde la otra ladera. Unamuno, Jean Paul, Machado, Oscar Wilde*. Trotta, Madrid, 1996, pp. 19-24.



Luces por alas un compás ardiente.  
 Tu canto es una esfera transparente.  
 A ti, divina proporción de oro.<sup>21</sup>

Unidad en lo diverso de la condición humana, pasando por un caos fecundo y no estéril, cultivar una fontana de medida, figurar su mundo, esfera transparente, ser un universo y construirlo en divina proporción de oro.

## 2. *Persona e individualidad*

Persona significa individualidad, en cuanto representa una unidad cerrada de estructura, funciones como autolimitación y autoafirmación estrictamente personal. El carácter vivo de su particularidad se integra a un mundo que no debe ser absorbido por él. ¿Qué debe hacer la persona para no perder su particularidad de ser? Cultivar su centro vital que es la interioridad, y desde ahí crear su mundo propio. La persona lo hace desde su condición «carnal, alteridad y libertad».<sup>22</sup> Carnalidad entendida como un ser vivo de carne y hueso. Fray Luis de León, cantor de la Humanidad de Dios, versifica su pensamiento:

Tus dedos me formaron; con tus manos,  
 [...]
 Como se forma el queso, así yo puedo  
 decir que de una leche sazónada  
 me compusiste con tu sabio dedo.  
 Vestíste me de carne cubijada  
 de cuero delicado, y sobre estables  
 huesos con firmes nervios asentada.<sup>23</sup>

Linaje humano como carnalidad, conformado desde el cuidado del cuerpo–alma, la salud, alimento, ejercicio físico, espiritual, en las múltiples formas de su ser, asentando en ellas la unidad. Alteridad, el ser humano no está hecho para vivir en «soledad» sino en «fraternidad», en relación siempre con los demás; desde la valoración del otro como un «tú» que complementa su «yo». La Libertad, condición de la persona que conlleva la capacidad de decir, de forjarse un buen carácter, de éste depende la probabilidad de ser

<sup>21</sup> Alberti, Rafael, «A la Divina Proporción» en *Todo el mar*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1985, pp. 217-218.

<sup>22</sup> Cfr. Castillo, M. José, «La humanidad de Dios», en *La humanización de Dios. Ensayo de cristología*. Trotta, Madrid, 2010, pp. 191-203.

<sup>23</sup> De León, fr. Luis, «Libro de Job» en *Obras Completas Castellanas II*, BAC, Madrid, 1991, p. 210.

feliz en la vivencia de su particularidad. «El carácter es para el hombre su destino», enseña Heráclito de Éfeso. Aprender a vivir en Dios, desde el selecto mundo personal, es una forma de aprender y habitar en lo mejor de la humanidad.

### 3. *Persona y personalidad.*

Se funda en la interioridad de la autoconciencia, voluntad decidida en perspectiva del logro de madurez notable de la personalidad. Interioridad como introspección del fondo y hondón del alma (san Agustín de Hipona, fray Luis de León); mundo interior como contemplación de la presencia íntima de Dios y la creación (san Francisco de Asís, santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz); reino íntimo como responsabilidad social y política (Pablo VI, Johann Baptist Metz, Gianni Vattimo); interioridad como implicación histórica al servicio de los hombres, a través de la palabra escrita<sup>24</sup> como Dante Alighieri, Juan José Arreola, Juan Rulfo.

El hombre interior se hace en soledad, dice Platón. Vive consigo en discernimiento y se forma en ser creativo en la construcción de su personalidad. La interioridad es el fundamento que posee la persona y al cultivarla sabrá lo que es vida interior o esencial, al descubrirse dentro, enseña fray Juan de los Ángeles, no necesitará más documentos ni preceptos en su vida porque todo el que llega ahí es tomado de la mano de Dios y le enseñará por sí mismo, que es la mayor bienaventuranza que le pueda venir en esta vida: «Bienaventurado el que tú, Señor, enseñes, y le des la inteligencia de tu ley» (Sal 93, 12).<sup>25</sup> La seguridad de su vida, al figurar su estilo no adviene de lo inmediato, del parecer humano, del exterior, de los díceres del mundo... Brota del saber divino: «Por eso, supliqué y me fue dada la prudencia, invoqué y vino a mí el espíritu de sabiduría» (Sab 7, 7).

La interioridad es el manantial de la persona, el conocimiento de sí y de la materia en que viven sus pensamientos, la que lleva a obrar y crear. Se realiza desde el escenario de un orden sosegado pasando, algunas veces, por lo más cruel de la vida, como la cárcel física o mental. Miguel de Cervantes, en el prólogo de su *Don Quijote de la Mancha*, enseña: «El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son gran parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla

<sup>24</sup> Cfr. González de Cardedal, Olegario, «Dios en el espacio y el tiempo» en *Dios en la ciudad. Ciudadanía y Cristianía*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2013, pp. 21-39.

<sup>25</sup> Cfr. De los Ángeles, fr. Juan, «Diálogo primero. De la vida interior y centro del alma o Reino de Dios. De la armonía del hombre y de la verdadera inteligencia del mandamiento del amor», en *Conquista del Reino de Dios*, *op. cit.*, pp. 15-31.

y de contento».<sup>26</sup> Interioridad, autoconciencia, manantial de pensamientos acrisolados, inquietud de espíritu, imaginación fecunda, son algunas de las energías activas y propulsoras de la personalidad.

#### 4. *Persona en sentido propio*

Consiste en saber vivir consigo misma, con los demás en Dios, conformada, fundada en la interioridad, determinada por el espíritu creador. Persona es el ser interiorizado, creador siempre con las limitaciones naturales de su condición. Al vivir en sí misma sabe que no debe ser poseída por ninguna otra instancia, sino que pertenece a su reino personal. Reino por la multitud de riqueza personal: el ánimo, entusiasmo, pensamientos nobles, imaginación, ilusión. Un camino para ascender a lo mejor de sí misma es cultivar un asombro existencial. Conmoción espiritual es una de las facultades que posee la persona, admiración de su grandeza, de sus semejantes y del universo. Hay que aprender humanidad y trabajando es como se aprende, Juan Plazaola, en su ensayo *El arte como génesis* cita a Van Gogh:

Con la vida ocurre a veces como con el dibujo. A veces hay que actuar rápida y resueltamente, atacar con energía el tema y procurar tratar con la velocidad del relámpago las grandes líneas sobre el papel. No conviene vacilar ni dudar; tu mano no debe temblar, tu mirada no puede desviarse a izquierda o derecha; debe fijarse sobre el asunto que tiene delante. Hay que sumergirse en él de manera que en un abrir y cerrar de ojos crees algo sobre tu hoja de papel o sobre tela, allí donde antes no había nada, de manera que luego no sepas decir cómo lo has hecho. El razonamiento y la reflexión deben preceder al trabajo definitivo; durante el trabajo hay poco lugar para la reflexión y el razonamiento [...] Pintar es un don. Sí, es cierto, es un don, pero no como ellos lo entienden; hay que extender las manos para cogerlo, y cogerlo no es fácil no hay que esperar a que el don se revele por sí mismo. Ciertamente hay algo de eso, pero no como se cree. Trabajando es como se aprende; pintando es como se hace pintor. Si se quiere llegar a pintor, si se desea verdaderamente si se siente lo que tú sientes, entonces se puede; pero ese «poder» va acompañado de penas, cuidados, decepciones y horas de melancolías, de impotencia y todo esto. Eso es lo que pienso.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> De Cervantes, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, Edición del Instituto Cervantes 1605-2005, Dirigida por Rico, Francisco, Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Barcelona, 2004, p. 9.

<sup>27</sup> Plazaola, S.I., Juan, «El arte como génesis» en *Introducción a la estética, historia, teoría, textos*, Universidad de Deusto, Bilbao, 2007, p. 421.

Hay que sumergirse en la propia vida, a través del pensamiento, memoria, corazón. Hay que pintar, dibujar mi propia personalidad: como Dios figuró al hombre, como Dante figuró a la *Divina Comedia*, como Cervantes a el *Quijote*... Como el Colegio México Franciscano dibuja a través de su enseñanza, apuntes, proyectos, vitrales, murales, pinturas; su hermenéutica simbólica de la existencia humana en el escenario de un Humanismo Plenario.<sup>28</sup> La vida es un don, pero hay que levantar la mano, dice Van Gogh, hay que «trashumanar» nuestra existencia. José Ortega y Gasset sustenta: «El dolor, señores, es un severo cultivo, la alegría es sólo cosecha; en el dolor nos hacemos, en el placer nos gastamos».<sup>29</sup> El don de ser persona y serlo en sentido propio no se revela por sí mismo, debe pasar un período metafísico profundo de estudio, reflexión, crítica simbólica —consiste en saber comprender—, asombro, inquietud dolida, trascendiendo el dolor ínsito de ser persona, para renacer. Todo esto sustentado en el Hacedor y determinado por el Espíritu.

## II. AMPLIAR LA HUMANIDAD

Sonreía mientras de sus ojos  
saltaban las lágrimas  
*Iliada, Homero*

EL COMETIDO DE un centro de estudios es ampliar en alto grado lo mejor de la humanidad, humanizar a este mundo. Vivir en el Espíritu creador, desde lo mejor de sí mismo, cultivando una inteligencia espiritual para discernir lo sustancial de lo accidental y hacerlo desde la gracia: agradable, atractivo, afable, bello, en fraternidad. Desde el tiempo hecho de eternidad, composición de sí en Dios, sólo desde ahí se puede aprender y ampliar la visión del ser:

¡Oh tiempo, dame tu secreto,  
que te hace más nuevo cuanto  
más envejeces!<sup>30</sup>

<sup>28</sup> Cfr. Ortiz-Osés, Andrés, «Cristianismo simbólico» y «Belleza y espiritualidad» en *El duelo de existir, op. cit.*, pp. 31-36; 77-93; «Símbolo» en *Diccionario de Hermenéutica*, Dirigido por Ortiz-Osés, Andrés, y Lanceros, Patxi, Universidad de Deusto, Bilbao, 2004, pp. 517-520. La hermenéutica narra, se apropia a la verdad humana a su sentido. Busca ir más allá de lo aparente, dicciones del ser, sus «voces» evocan: el impulso, necesidad leve, razón, inspiración, sabiduría, misterio de la existencia humana. La mejor interpretación consiste en comprender de forma simbólica en intermediación de contrarios. Necesitamos más símbolos compartidos, no partidos, no verdades perpetuas.

<sup>29</sup> Ortega y Gasset, José, «La pedagogía social como programa político» en *Obras Completas II*, Taurus, Madrid, 2004, p. 87.

<sup>30</sup> Jiménez, Juan Ramón, «Eternidades» en *Páginas escojidas Verso*, Gredos, Madrid, 1986, p. 143.

Secreto del tiempo, escondida senda preñada de oro: ocio–trabajo lectivo, cultivo del pensamiento humanístico acrisolado, dilección afectiva, determinación selecta del estilo personal de ser. Soledad poblada; Miguel Ángel, en su inagotable estudio del cuerpo humano, practicó la disección anatómica con tal vehemencia, que hubo de suspenderla por una afección gástrica; el gusto que tenía por la soledad y la secreta multitud de compañía que gozaba el artista: «*Non essendo egli mai men solo* —dice Ascanio Condivi— *che quando era solo*» (cuanto más solo, menos solo), porque le acompañaba el tiempo de Dios, la «humanidad» entera.<sup>31</sup> Después de siglos encontramos el secreto del tiempo, eternidades en la vida y obra de Miguel Ángel Buonarroti.

Hace siglos el maestro fray Luis de León, al saber de la eternidad del tiempo humano, de su grandeza como vínculo a Dios mismo, exclamó: «¡Ay!, despertad, mortales... levantad los ojos...». <sup>32</sup> Él mismo se duele de un pueblo inculto, duro, que adora la belleza caduca engañadora.<sup>33</sup> Sociedad hecha de una vida fácil que vive de una relación tribal —vacía de contenido, llena de informática y violencia—, habita en lo peor de las relaciones interpersonales, díceres, huye de una maravillosa disciplina que le gradaría ser aristócrata de espíritu: culta, es decir, los problemas de la vida misma no los ve sólo como situaciones penosas, sino como una nueva tarea para su espíritu.<sup>34</sup> Aldea, pueblo o ciudad ordenada en espacios de vivienda, escuelas, calles, vías de comunicación hermosas a través de una arquitectura civil elevada. En la morfología de una ciudad se ve el alma del pueblo<sup>35</sup>, en el lenguaje personal se revela el espíritu de la persona —manantial o agua estancada—. El cúmulo de una vida o de vidas en permanente belleza efímera, sórdida —sin esfuerzo constante en un alto ideal—, engendra caos infecundo: hábito de impuntualidad, fealdad en el espacio físico donde se vive, pobreza de espíritu en el lenguaje, vestido... soberbios; de mirada penetrante, muy seguros de sí, altivos en su porte como gusanos verticales.<sup>36</sup>

<sup>31</sup> Cfr. Laín Entralgo, Pedro, «Miguel Ángel y el cuerpo humano» en *Obras*, Editorial Plenitud, Madrid, 1965, pp. 1123-1136.

<sup>32</sup> De León, fr. Luis, «Poesías» en *Obras Completas Castellanas II*, *op. cit.*, p. 759.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 746-747.

<sup>34</sup> Cfr. Ortega y Gasset, José, «La pedagogía de la contaminación» en *Obras Completas VII*, Taurus, Madrid, 2007, pp. 685-691.

<sup>35</sup> Cfr. Ortega y Gasset, José, «La ausencia de los mejores» en *Obras Completas III*, Taurus, Madrid, 2005, pp. 494-506.

<sup>36</sup> Cfr. Cioran, Emile Michel, *Breviario de los vencidos*, Tusquets Marginales, España, 2007, pp. 77-83.

a) *Saber hacer fuerza a la misma naturaleza*<sup>37</sup> en Dios, dice fray Juan de los Ángeles. Poseer, cultivar conocimiento gradual, habilidad para moldear la propia vida en Dios. La persona excede a sí misma, desea más de lo que puede; necesita más de lo que es capaz por sólo sus fuerzas, y con ello queda religada a la alteridad personal y a Dios. La persona es autárquica —dominio de sí— y mendigante de mismidad, ella no es dueña de la íntima certeza de existir sobre el mundo de su interioridad; todo esto le adviene a la manera de un don, de una gracia. Por condición debe salir de su mundo interior en Dios hacia los demás, pero salir ella y no otra. Don Olegario González sustenta que en este sentido el éxtasis es una forma de existencia auténtica, cuando la salida es humana —ascendente— y el destino es divino.<sup>38</sup> Apertura hacia los demás, conocimiento no dogmático sino relacional de ellos, hacia un saber penúltimo en búsqueda de nuevos caminos, moradas y vivencia divina.

Saber hacer fuerza de la propia naturaleza es un imperativo humanístico cristiano: ser persona y serlo en el Espíritu pertenece a su esencia. El espíritu, el anhelo del hombre le lleva a vivir la amorosa gratuidad del hombre a Jesucristo: la fe. En ella el hombre encuentra la fuente de su vida, basta pensar en las grandes catedrales, murales, pinturas, vidrieras, órganos, libros doctos inspirados que han surgido desde la fe y dan asombro<sup>39</sup>, entusiasmo, sentido a la misma vida. Fe como asentimiento a la revelación de Dios, búsqueda y encuentro como cercanía y al mismo tiempo lejanía por el exceso de Dios.

De esa fe han nacido admirables e innumerables ejemplares de humanidad variada, testigos de caridad heroica, maestros de vida espiritual, héroes de la resistencia y de la sumisión, vigías que anunciaron los peligros de su tiempo, profetas de la justicia, hombres y mujeres que hicieron de su diario vivir una alabanza a Dios y una obra de arte, en miniatura casi siempre, pero de valor infinito ante Dios y de apoyo generoso a sus prójimos.<sup>40</sup>

Fe como supremacía de Dios en el hombre: cuanto más lo conoce más desconocido aparece, cuanto más lo ama mayor es la dificultad para sentirlo, pero vive siempre en relación a Él y a sus semejantes.

<sup>37</sup> Cfr. De los Ángeles, fr. Juan, «Prólogo y Epístola al lector» en *Segunda parte de la Conquista ó Manual de vida perfecta, op. cit.*, pp. 19-21.

<sup>38</sup> Cfr. González de Cardedal, Olegario «La Revelación de Dios y el abismo del amor» en *El hombre ante Dios*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2013, pp. 81-101.

<sup>39</sup> Cfr. Giussani, Luigi, «Sólo el asombro conoce» en *El hombre y su destino*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2003, pp. 143-146.

<sup>40</sup> Cfr. González de Cardedal, Olegario «El exceso de Dios y nuestro salto al límite» en *El hombre ante Dios, op. cit.*, p.80.

*Hacer fuerza a la misma naturaleza* en Dios es vivir en gratuidad a Él, al prójimo y la creación. A la amorosa gratuidad de Dios para el hombre se le llama revelación, encarnación. Hay que anhelar, presentir y escucharlo: *Te hago existir...* Buscar, elevar, salir de la propia naturaleza al «exceso» de Dios. San Juan de Cruz lo canta en *Llama de amor viva* con «infinito exceso».<sup>41</sup> Salir en su búsqueda y al encontrarlo o ser encontrado en su amorosa gratuidad renace su vida en la fe. Juan Ramón Jiménez lo versifica:

Dios del venir, te siento entre mis manos,  
aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa  
de amor, lo mismo  
que un fuego con su aire.<sup>42</sup>

Enredado conmigo en la misma entraña del ser, participación divina en la vivencia de ser persona. Sólo desde Él que no excluye, incluye el tiempo e interioridad, exterioridad; le lleva a plenitud:<sup>43</sup> *Mi Dios y mi Todo*, de San Francisco de Asís, manantial permanente de hacer fuerza creativa de la condición humana.

b) *Hacer fuerza a la misma naturaleza*<sup>44</sup> en sí mismo y los demás, nos dice fray Juan de los Ángeles. Vivir en un espíritu creador, ampliando humanidad. ¿Cómo? Desde una madurez notable en el «duelo de existir», asumiendo lo adverso de la vida, que al trascenderlo da ánimo a la persona. ¿Por qué es tan difícil alcanzar una madurez notable en nuestra existencia? Por condición humana, su entraña misma es problemática en tres direcciones: su «duración», «cualidad» y «personalidad».<sup>45</sup> La vida del hombre consiste en repensar, imaginarse un modo de ser que todavía no ha alcanzado y pone todas sus fuerzas por lograrlo. La vida es una lucha por la vida, en la que existen armisticios luengos en diferentes espacios del vivir humano; desde la vivencia de un orden sosegado. Andrés Ortiz–Osés afirma:

---

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 55-80.

<sup>42</sup> Blasco, Javier, «Y la carne se hizo Verbo» en *Juan Ramón Jiménez Aquel chopo de luz*, Consejería de Cultura Centro Andaluz de las Letras, Granada (España), 2008, p. 203.

<sup>43</sup> Cfr. González de Cardedal, Olegario «El porvenir del cristianismo a la luz de su origen» en *Dios en la ciudad. Ciudadanía y cristianía*, *op. cit.*, pp. 122-130.

<sup>44</sup> De los Ángeles, fr. Juan, «Prólogo y Epístola al lector» en *Segunda parte de la Conquista ó Manual de vida perfecta*, *op. cit.*, pp. 15-18.

<sup>45</sup> Cfr. García Morente, Manuel, «Problemática de la vida» en *Estudios y ensayos*, Losada, Buenos Aires, 2005, pp. 288-291.

para poder ser optimista, hace falta ser pesimista. Ese dolor, asumido, da placer, equilibrio... No hay que huir de ese dolor, sino abrirse a él. Lutero decía que el mal moral, el pecado, consiste en cerrarse en uno mismo, en no abrirse al otro. Y tenía razón. Hay que hacer una vida, una política, una cultura abiertas.<sup>46</sup>

Pensemos en este momento en la crisis biográfica personal: en su terca perduración que acompaña siempre a la persona mientras viva. Don Pedro Laín Entralgo dice: «hasta que la muerte apague nuestra vida, hacia el futuro nos movemos los mortales». ¿Animosamente? Él dice que por muy diversas razones, no todos y menos hoy. Hay que cultivar la voluntad de vivir animosamente hacia el futuro, formarse en un buen ánimo:<sup>47</sup> actitud, disposición, temple elevado, valor, energía, carácter selecto; alcanzando armonía del manantial de energías opuestas, como el misterioso bailarín:

Hombre perfecto, el bailarín. Yo envidio sus laureles anónimos y agradezco el bienestar que transmite con la embriaguez cantante de su persona... Su alma es paralela de su cuerpo, y cuando el bailarín se flexiona, eludiendo los sórdidos picos del mal gusto, convence de que entrará al Empíreo en caudalosas posturas coreográficas. La sordidez, resumen de nuestras desdichas, no le alcanza. Él es pulcro y abundante. Al embestir a su pareja, se encabrita y se acicala... Los desvaríos de la conciencia y de la voluntad le sirven de tramoya. En medio de las pesadillas de sus prójimos, el bailarín impulsa su corazón, como en el columpio en que se asientan la Gracia y la Fuerza.<sup>48</sup>

Embriaguez cantante de su persona, su alma paralela de su cuerpo, suciedad, miseria; resumen de nuestras desdichas a él no le alcanzan. Combinación de energías, fuerzas asentadas en la Gracia y desde ese escenario: «esmaltará los frisos de ultratumba con sus móviles figuras de ayuntamiento y de plegaria».<sup>49</sup> El Bailarín va más allá de la muerte, es inmortal, sus múltiples figuras siguen: «inspirando», Francesco y Paola; «uniendo», Sancho Panza y Teresa; «suplicando», Don Quijote, sus ideales de bondad... Pero Aldonza Lorenzo afirma que este mundo es un estercolero y los hombres no son más que gusanos que nos arrastramos por él. «Gusanos verticales» brotan del

<sup>46</sup> Ortiz-Osés, Andrés, «Preámbulo: Entrevista al autor» en *El duelo de existir, op. cit.*, pp. IX-XIV.

<sup>47</sup> Cfr. Laín Entralgo, Pedro, «Prólogo» en *Esperanza en tiempo de crisis. Unamuno, Ortega, Jaspers, Bloch, Marañón, Heidegger, Zubiri, Sartre, Moltmann, op. cit.*, pp. 7-23.

<sup>48</sup> López Velarde, Ramón, de «El minuterero», *Obra Poética*, Edición crítica, Luis Martínez, José, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p. 319.

<sup>49</sup> *Id.*



estercolero del mundo, seres intestinales lejos de la razón y más del corazón. «Las larvas somos incapaces de vivir en serio, porque pertenecemos al melodrama. Y mi ditirambo, ¡Oh bailarín!, es el fervor de un lego que no sabe bailar».<sup>50</sup> Ampliar humanidad es hacer salud, música, ritmo en nuestra propia vida. Cultivar el estudio de las ciencias exactas, y las no tan exactas: teología, literatura, poesía, que penetran hondo en el alma contagiándola de Gracia y Armonía. Bailar desde la virtud adquirida en la propia naturaleza:<sup>51</sup> ser inteligentes pero no «listos»<sup>52</sup>, ser buenos, cultos, sensibles, finos; bailando sobre lo utilitario, sin apegos, con modestia: «Como el pecho de la paloma jactándose de ser estéril».<sup>53</sup> Ser en lo mejor de sí, sin ningún otro interés, cri-bando, eludiendo lo agraz de su condición, mal savia, carácter; como el tenaz ejercicio, dolor trascendido, impulsando siempre el bailarín su corazón en la Gracia y Fuerza de su Criador.

---

<sup>50</sup> *Id.*

<sup>51</sup> Cfr. Pugés, Lluís, *La Odisea del management*, Profit Editorial, Barcelona, 2012, pp. 85-90. El autor narra el Canto de Homero (*La Iliada*) sobre la batalla de Héctor con Aquiles protegido de los dioses, del valor inquebrantable de Andrómaca, esposa de Héctor que sabía el destino cruel que le esperaba a su esposo, ella con su hijo en brazos le besaba: «Sonreía mientras de sus ojos saltaban las lágrimas». El beso era despedida, le presentaba a su hijo sabiendo que ambos no le volverían a ver, aceptaba la adversidad no con gritos, quejas, ademanes trágicos, muecas de dolor. Sabía algo de los dioses, nosotros también lo sabemos, intuimos algo del Misterio de Dios en nuestras vidas... debemos saber sobreponernos a las circunstancias adversas que se nos presenten y estar a la altura de las exigencias de cada momento, determinar fuerza y carácter personal. «No es tan sólo el deseo de superar las adversidades, sino también el deseo de no dejarse dominar por las situaciones adversas ni por los peligros que pueden acechar... Podemos sentir el dolor, llorar internamente por los sacrificios y dolores que debemos soportar, pero nuestro espíritu ha de estar preparado para afrontar la adversidad».

<sup>52</sup> *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana V*, Herder, Barcelona, 1998, p. 680. **Inteligente.** a) Ingenioso, que discurre o inventa con prontitud y facilidad. b) Conocedor, sabio, instruido; Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, *op. cit.*, p. 1348. **Listo.** 1. Diligente, pronto, expedito. 2. Apercebido, preparado, dispuesto para hacer algo. 3. Sagaz, avisado. 4. Que presume de saber o estar enterado de todo. 5. Hábil para sacar beneficio de cualquier situación; *Enciclopedia Vniversal Ilustrada Europeo Americana XXX*, Espasa-Calpe, Madrid, 1992, pp. 1060-1061.

<sup>53</sup> López Velarde, Ramón, de «El minuterero», *Obra Poética*, *op. cit.*, p. 319.





# LUZ DEL ALMA

APROXIMACIONES EPISÓDICAS A EL *QUIJOTE* A TRAVÉS  
DE LOS VITRALES DEL AULA MAGNA DEL COLEGIO MÉXICO  
FRANCISCANO DE ZAPOTLÁN

Vicente Preciado Zacarías

## *La apariencia fugitiva de la luz*

CUANDO EL ARTE se ha liberado de las trabas de la naturaleza, cuando las formas y las figuras se embellecen por el presentimiento del alma y el cielo se despoja de lo terrestre, purificando su rudeza, puede unirse lo divino con lo humano.

A través de su obra, el artista toma posesión del olimpo radiante y nos conduce consigo, desde la tierra, a la asamblea de los dioses en medio de las naturalezas inmortales y felices. Así lo explica Platón.

En el momento en que la obra del verdadero artista ha alcanzado su término y cuando el verdadero equilibrio entre lo divino y lo humano no puede existir más que en un punto único, en sus obras está impreso el sello de la unicidad. Pero el genio, como artista, puede echar mano de la naturaleza como material antagónico. La naturaleza, en general, produce lo extraordinario por cualidades exclusivas e incomparables por sus opuestos. Así, en el genio de Miguel Ángel, dice Friedrich Schelling,<sup>54</sup> la gravedad, la energía y la profundidad dominan totalmente el sentido de la gracia y la sensibilidad del alma, introduciéndose en su más alto grado la pureza y la fuerza plástica de la pintura de los tiempos modernos.

El espíritu de la naturaleza, tras la dulcificación de la primera violencia y la calma de la impetuosidad de una fuerza de alumbramiento, se manifiesta en el alma, y con ella nace la gracia. Y la gracia es un don divino.

El arte gótico alcanzó este grado —continúa diciendo Schelling— con Correggio,<sup>55</sup> en cuyas obras el alma sensible es el principio que produce la belleza. Este (grado) no aparece sólo en la naturaleza de los contornos, de las figuras, sino también en las formas que se asemejan grandemente a las naturalezas sensibles de las obras de la antigüedad.

---

<sup>54</sup> Schelling, Friedrich, *La relación del arte con la naturaleza*, Sarpe, Madrid, 1985.

<sup>55</sup> Antonio, Allegri da Correggio, 1494-1534.

Con Correggio florece la verdadera edad del arte, que agració a la naturaleza con el dulce dominio de Apolo. Aquí la amable sonrisa de la inocencia, el deseo ingenuo, la alegría infantil brillan en los rostros abiertos y risueños, aquí se celebran las Saturnales del arte y los esponsales del alma con la ineludible condición humana.

La expresión general de este estilo es el claroscuro, que Correggio emplea mejor que nadie, pues el pintor reemplaza la naturaleza con lo oscuro. Éste es el fondo sobre el cual fija la apariencia fugitiva de la luz. Por consiguiente —termina diciendo Schelling—, lo claro y lo oscuro se asocian en forma tal que de ellos nace, por decirlo así, un alma y un cuerpo. Cuanto más se hace apreciar el espíritu en forma corporal, tanto más se eleva la materia a nivel del alma, de la luz. La luz del alma.

### *Mística del pasado*

El arte de los vitrales (Jean-Pierre Bayard los llama vidrieras), vivió su máximo esplendor en Francia en el siglo XII en Saint-Denis, y en el siglo XIII en Chartres. Esta catedral gótica, junto con la de Toledo, España, son las iglesias que cuentan con el mayor número de vitrales insertos en sus muros de piedra en el mundo del medievo. Chartres luce como joyas esplendentes 243 grandes vitrales o vidrieras; 33 claraboyas; 7 tragaluces circulares; un escudo heráldico y tres grandes rosetones como crisoles de fuego santo.

Los restos (fragmentos) del vitral más antiguo del mundo de este arte es un divino rostro de Cristo; fueron encontrados por unos alarifes en 1932 y corresponden a la vieja Abadía de Lorsch, en Alemania; datan del siglo IX o X de la era cristiana. Se les considera (a los fragmentos reconstruidos) *Le plus ancient vitral pictural*.<sup>56</sup>

Existe, sin embargo, otra referencia a propósito de la antigüedad de vitrales y no es despreciable en la medida que la autora y el libro donde se hace esta apreciación, gozaban del respeto y admiración del maestro Juan José Arreola. Dice el texto:

El 31 de agosto de 1119 la Abadía Sant María de Fontevraud (Francia) recibe la visita ilustre del Papa Calixto II, quien vino en persona a proceder a la consagración de la flamante Abadía [...] Fontevraud reunía en esos años 300 monjas y 60 o 70 frailes. Los presidía una abadesa, no un abad [...] Es probable que el papa haya sido recibido en la iglesia de grandes arcadas que componían un conjunto a la vez austero y lumino-

<sup>56</sup> Lee, Lawrence; Seddon, George; Stepheno, Francis, *Les origenes d' une expresion artistique*, Book Int., París, 1993, p. 13.

so de los vitrales que resaltaban en la desnudez de la piedra poniendo de relieve la nobleza de las líneas y la belleza de sus volúmenes.<sup>57</sup>

Hoy los vitrales ya no existen. Desaparecieron durante la Guerra de los Cien Años. Habían sido donados en su costo por una reina extraordinaria quien fue proclive a la cultura y a la protección de los artistas: Leonor de Aquitania.

El vitral, de día o de tarde, postula la existencia del color y por ende de la luz. Un vitral sin luz está sin estar. Es la meditada prosa ortegueana sobre el marco, el vitral sin luz es como el marco sin cuadro en su interior «hasta el punto de que, cuando le falta, el marco tiende a convertir en cuadro cuanto se vea a su través o lo que dejamos de ver».<sup>58</sup> Penetrar en una catedral de noche es como transitar y discurrir —miniaturizados— por el interior de un cráneo de órbitas vacías.

Con la luz matinal o la del ocaso, el vitral hace música y «donde hay música no puede haber cosa mala», así habla Sancho Panza a la duquesa en el capítulo xxxiv de la segunda parte del *Quijote*, quien le replica «tampoco donde hay luces y claridad». No se calla Sancho ante su serena alteza y argumenta atinadamente «luz de fuego y claridad de hogueras, como lo vemos en las que nos cercan y bien podría ser que nos abracen, pero la música siempre es indicio de regocijo y de fiesta».<sup>59</sup>

Para el espectador de buena voluntad que quiera *acomodar* esta charla de Sancho con la duquesa, puede adoptar, para su deleite, el vitral 7 como escenario para su imaginación; allí donde el azul Chartres del calzón de Sancho contrasta reposadamente con el «relámpago verde» del vestido y falda de la dama de corte de la derecha, sin detrimento de alguna otra explicación.

### *Música cromática*

En el vitral el artista crea una superficie de luz colorida. Modificada por el tinte monocromático que se ofrece al espectador como una suerte de música iluminada, instante dado al espacio animado por la propiedad física de las ondas luminosas de la misma manera que la música es estimulada por el comportamiento de las ondas sonoras. Como un gran compositor el cristal canta de acuerdo y acorde a la composición de las ondas luminosas a través de los

<sup>57</sup> Pernout, Regine, *La mujer en tiempo de las catedrales*, J. Granica Ediciones, Barcelona, 1982, pp. 134-135.

<sup>58</sup> Ortega y Gasset, José, «Meditación sobre el marco», *El expectador*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1950, p. 418.

<sup>59</sup> Vevia, R. Fernando C., *Estudios sobre la obra de Cervantes*, charlas radiofónicas, Radio Universidad, Guadalajara, 1994

diferentes colores que el vitral ha impuesto. Cada vidrio del vitral tratará de controlar la irradiación de los acordes de manera que no dañará el tema esencial de la creación. Esta sabiduría resulta de una sutil asociación de las reglas que mantienen viva una tradición y de la propia composición de los colores transfigurados por el misterio de la luz.<sup>60</sup>

### *Los siglos de ayer*

Es un monje del siglo XI quien refiere en un antiguo texto (*Traité des divers arts*) la composición físico-química de la vidriera medieval en manos de maestros del oficio, quienes mantenían celosamente guardados sus secretos. El vidrio —dice el monje Teófilo— debe llevar «dos partes de cenizas de haya y de helecho por una parte de arena cristalina». Para colorear la masa al rojo vivo se utilizaban óxidos ferrosos o cúpricos, sales de plata y de magnesio o cobalto. Era una técnica complicada y cara. El mejor vidrio era aquel que permitía el paso de la luz y que en su tránsito arrebatava los colores, principalmente el rojo, el azul y el amarillo claro sin que sufrieran distorsiones prismáticas. La mejor mezcla de elementos para los mejores efectos era sílice (80%); cal (5%) y sosa (10%).<sup>61</sup>

Es el mismo monje quien detalla la inclusión de colores sobre el vidrio al rojo vivo y ya recortado de los dibujos y figuras, para luego desliar el vidrio con elementos tan humanos como el vinagre y la orina antes de la segunda «cocida» al horno de los vidrios, los cuales después, se unirían como un mágico rompecabezas por medio de nervaduras de plomo acanaladas, por lo cual en algunas lenguas al vitral se le llama «emplomado».

Es notable señalar que ya en el siglo XII se excluyó la ilusión de perspectiva y el artista rodea la figura, o parte de ella, con un trazo negro.

La suntuosidad de estas antiguas vidrieras no tiene igual en la historia del arte; sin embargo no es igual en todas las catedrales y abadías. La escuela de Chartres se distingue por el destello luminoso de sus vitrales en donde el rojo intenso y el azul profundo de sus vidrios no ha sido sobrepasado.

En la catedral de Chartres es famoso el rosetón del crucero norte, el cual fue donado por Blanca de Castilla y el rey Luis hacia 1230. El poeta Charles Péguy (1873–1914) en su *Plegaria a la catedral de Chartres* canta a este fanal de luz y compara a la iglesia, vista desde lejos, como una nave (de piedra labrada) navegando en el mar de los trigales dorados de la tarde.<sup>62</sup>

<sup>60</sup> Lee, Lawrence *et. al.*, «Pinture de lumiere», *Le vitral*, Booking International, París, 1993, p. 18.

<sup>61</sup> Lee, Lawrence *et. al.*, *op. cit.*, p. 9.

<sup>62</sup> Peguy, Charles, «Presentation de la Beauce a Notre Dame de Chartres», *Les tapisseries de Sainte-Genevieve et Notre-Dame*, Galimard, París, 1953.

Cien años antes, en 1140, en la catedral de Saint-Julien de Le Mans fue insertado en uno de sus muros, y ocupa la segunda ventana de la nave en el lado sur, el vitral de La Ascensión, considerado como uno de los más antiguos y bellos ejemplos de pintura en vidrio. Infortunadamente cuando se dejó de pintar la masa vítrea hacia el año 1260 los secretos de este arte desaparecieron con los gremios que por siglos los habían guardado celosamente.

En los siglos posteriores los vitrales fueron pintados en superficie, como una imitación. En ellos, la luz penetra y traspasa con más facilidad los vidrios, pero en cambio pierde el efecto de suntuosidad de los antiguos vitrales, a propósito de los cuales Ruskin escribió: «Para alcanzar la verdadera perfección, un vitral debe ser intenso y brillante como una joya de fuego llena de escenas extrañas pero fácilmente descifrables, de una sutil delicadeza, sencilla en sus armonías».<sup>63</sup>

Raymond Oursel<sup>64</sup> señala el milagro del vitral como una metafísica de la luz cuyo fulgurante enunciado preside el Evangelio según San Juan. La luz como fuente de belleza había sido desarrollada sucesivamente por Plotino y Juan Duns Escoto.

### *El lenguaje y el vitral*

Es la luz en tránsito por la vidriera la que se vuelve lenguaje visivo y figurado en los ojos y el corazón humanos, antes y después del último bostezo de la Edad Media.

El vitral es un texto de la época que «decía» a las gentes sencillas que no comprendían la escritura porque eran iletradas, lo que debían saber y creer.

El vitral era un catecismo para el catecúmeno del medievo. Era un libro de láminas a todo color con pasajes bíblicos y árboles genealógicos de dioses, reyes y santos. Y lo sigue siendo.

### *Luz del alma*

En el Colegio México Franciscano nadie es iletrado. A partir del impulso humanístico que ha enmarcado su educación como voluntad aplicada por parte de su director, fray Rubén González Argüelles —en la fecha en que fue publicada la primera edición de esta obra— y todo el profesorado, hasta los niños que comienzan a deletrear saben de memoria versos y poemas de Horacio, de Machado, de Lorca, incluyendo al recio Unamuno.

Pero como refuerzo de su educación y para una fina afinación de las cuerdas cordiales en la cultura del pueblo de Zapotlán y de la región, los vitrales

<sup>63</sup> Bayard, Jean-Pierre, *El secreto de las catedrales*, Ediciones Suromex, 1996, pp. 327-329.

<sup>64</sup> Oursel, Raymond, *Évocation de la Chrétienté romane*, Ediciones Zodiaque, París, p.381.

de la Sala Magna son ya patrimonio cultural del Ayuntamiento Municipal de Zapotlán el Grande. Son y serán luz del alma.

«Luz del alma», son unas de las últimas palabras que pronuncia don Quijote en su lecho poco antes de morir.

### *Un primer asomo a el Quijote*

Como toda obra clásica, la lectura y comprensión del *Quijote* no es fácil. Debemos ser honestos. Hay tres Quijotes en la vida de todo lector de la obra. Al respecto, el doctor Vevia resume dicho empeño: «[...] de niño manoseé la historia de don Quijote; de joven la leí; de adulto creo comenzar a comprenderla».

«Como estudiante (en Europa) —continúa diciendo el doctor Vevia—, manejábamos la edición crítica de Rodríguez Marín y repetíamos el chiste que en realidad estábamos llevando la obra de Francisco Rodríguez Marín con notas de Cervantes dada la prolijidad del aparato crítico», y añade: «Buscábamos los estudios de Astrana Marín, e incluso la edición de 1863, que contenía el estudio de Hartzenbusch». <sup>65</sup>

En verdad ninguna obra —salvo la Biblia— ha dado lugar a tantos estudios analíticos, críticos y estructuralistas; algunos de ellos llegan al exceso como aquel autor que cita el número de personajes que desfilan en las páginas del *Quijote*; o aquel otro que señala las veces que aparece el nombre de don Quijote en el egregio libro: aparece 2168 veces al igual que el de Sancho Panza. <sup>66</sup>

Se deben dejar de lado actitudes eruditas al acceder a la lectura del *Quijote*. Manuel García Morente, filósofo del grupo de Ortega alrededor de la *Revista de Occidente*, como consecuencia de la guerra (1936-1939) que asoló España, fue a morir en Argentina. Allí dictó una serie de conferencias a propósito de la actitud que debe asumir todo lector ante una obra egregia, dijo:

Para abordar la filosofía —y cualquier obra clásica— es absolutamente indispensable que el aspirante se haga bien cargo de llevar a su estado una disposición infantil. El que quiere ser filósofo necesitará puerilizarse, infantilizarse, hacerse como el niño pequeño. ¿En qué sentido hago esta paradójica afirmación de que el filósofo conviene que se puerilice? La hago en el sentido de que la disposición de ánimo para filosofar debe consistir esencialmente en percibir por donde quiera, en el mundo de la realidad sensible, como en el mundo de los objetos ideales, problemas,

<sup>65</sup> Vevia R., Fernando C., *Estudio sobre la obra de Cervantes*, CUNorte, Universidad de Guadalajara, 2001, p. 13.

<sup>66</sup> Vega, Vicente, *Diccionario ilustrado de rarezas, inverosimilitudes y curiosidades*, 1959.



misterios; admirarse de todo, sentir lo profundamente arcano y misterioso de todo eso; plantarse ante el universo y el propio ser humano con un sentimiento de estupefacción, de admiración y de curiosidad insaciable como el niño que no entiende nada y para quien todo es asombroso.<sup>67</sup>

### *Epítome cronológico de las aventuras de don Quijote*

Para que el lector —aún el criterioso de edad madura— pueda internarse en el frondoso bosque de páginas, hazañas y sucesos en el *Quijote*, debe orientarse con la brújula de un método, una técnica de lectura para no extraviarse en el tupido follaje. Esto es un hecho inapelable; y por no tener la humildad de aceptarlo, la juventud actual no accede a la lectura y apreciación del *Quijote*. Se pierden muchos lectores, especialmente estudiantes primerizos, porque no tienen la suerte de contar entre sus maestros con uno que los tome de la mano y los lleve por esa extraña senda de la lectura lúdica en donde campea como una oriflama al viento la frase lapidaria de Juan José Arreola cuando dice: «La literatura no se enseña; se debe enseñar el amor por la literatura». Y, por ende, el amor por la lectura.

De esta manera cada escritor, estudioso, crítico o analista de la obra del *Quijote* viene a tener su propio método de lectura y apreciación; su personal técnica de aproximación a la obra. Al respecto, se han escrito miles de obras, algunas de ellas convertidas —por la tradición— en verdaderos monumentos nacionales como la de Clemencín, y de editores como Martín de Riquer y Astrana Marín. Pero casi todos eluden, tal vez por considerarlo poco formal, el método didáctico y mnemotécnico de la cronografía en las hazañas y episodios que se dan en forma calendárica no como fechas reales en el tiempo sino como marcadores de circunstancia a partir de don Quijote, su escudero y personajes que los rodean.

Hasta los de la generación del 98 como Unamuno, Maeztu, Baroja y Antonio Machado, pasando por Azorín, no frecuentaron en sus arduos trabajos la epítome cronológica del *Quijote* que, por simple fijación, ayuda a la comprensión global de la obra, sobre todo, ya se dijo, por los jóvenes estudiantes.

Azorín mismo publicó en 1904 su famoso opúsculo *La ruta del Quijote*,<sup>68</sup> ilustrado con arcaicas fotos en blanco y negro donde no completa el viaje de don Quijote. Abandona la ruta en el Toboso, en donde don Silverio se empeña, con otros miguelistas, en mostrarle la casa de Cervantes donde según los tobosanos había vivido el abuelo de Miguel...

<sup>67</sup> García Morente, Manuel, *Lecciones preliminares de filosofía*, Editorial Época, México, 1983, p. 17.

<sup>68</sup> Azorín, *La ruta del Quijote*, Editorial Renacimiento, Madrid, 1916.

Aún más cercanos a nuestros días Thomas Mann<sup>69</sup> y Vladimir Nabokov<sup>70</sup> tampoco tocan directamente el tema.

Es un mexicano el que roza apenas con el ala de su lenguaje el tema de la data entre los datos múltiples del *Quijote* cuando dice: «Una calurosa mañana del mes de julio se armó (don Quijote) con todas sus armas, subió sobre Rocinante y salió al campo por la puerta falsa del corral». <sup>71</sup> Y quien esto dice era, para el maestro Arreola, el mejor filósofo de México: don Agustín Basave Fernández del Valle.

Para los efectos didácticos y la ubicación de las escenas en los vitrales de la Sala Magna del Colegio México Franciscano de Zapotlán, recurrimos al cronograma que a continuación se presenta. Su autor no es un crítico literario ni un analista; tampoco un estructuralista: es un ingeniero agrónomo con sendas publicaciones sobre su rama; profesor de la UNAM. Don Luis Alcérreca recorrió la ruta del Quijote varias veces a lomo de mulo, luego en un asno; enseguida a pie. Sus alpargatas acumularon mucho polvo de los caminos de la Mancha y arenas y piedrecillas de las playas de Barcino, frente al mar de la ciudad condal. *Quijote* en mano, sumó días, restó noches, agregó madrugadas; reloj en pulso anotó horas y horarios de caminos y sendas, algunos ya en trance de desaparecer de la geografía actual y, como un moderno Azorín, publicó su obra dada a luz por la UNAM.<sup>72</sup>

---

<sup>69</sup> Mann, Thomas, «A bordo con don Quijote», *Revista de Occidente*, XIII, No. CXLII, Madrid, 1935, pp. 69-105 y 163-189.

<sup>70</sup> Nabokov, Vladimir, *Curso sobre el Quijote*, RBA, Barcelona, 2010.

<sup>71</sup> Basave Fernández del Valle, Agustín, *Filosofía del Quijote*, Espasa-Calpe, Colec. Austral No. 1289, México, 1968, p. 258.

<sup>72</sup> Alcérreca, Luis, *Los cien días del Quijote*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.

## CRONOLOGÍA DE LAS HAZAÑAS DE DON QUIJOTE

### PRIMERA PARTE (JULIO A SEPTIEMBRE)

Viernes 27 de julio	Primera salida de don Quijote.
27 de julio (noche)	Es armado caballero en la venta.
28 de julio	«[...] la del alba sería» don Quijote sale de la venta de regreso a su hogar. En el camino, aventuras con Juan Aldudo y paliza de los toledanos. Pedro Alonso lo recoge y espera el anochecer para llevarlo a casa.
Domingo 29 de julio	El cura, el barbero, el ama y la sobrina hacen escrutinio y quema de libros, (Caps. v y vi).
Del 1 al 15 de agosto	Don Quijote permanece en cama. Entrevista a Sancho para que sea su escudero.
16 de agosto	Segunda salida de don Quijote. Salen de la casa durante la noche.
17 de agosto	Amanecen ya lejos del villorio. Aventura de los molinos de viento.
18 de agosto	Por la tarde, pleito con el vizcaíno, (Cap. x). De noche, discurso a los cabreros sobre la edad de oro.
19 de agosto	Funerales de Crisóstomo. Aparece la bella Marcela, (Cap. XIII).
20 de agosto	Don Quijote abandona la venta sin pagar. Sancho es manteado, (Caps. XVI y XVII).
21 de agosto	Don Quijote le quita la bacía al barbero. Pasan la noche a la intemperie, (Cap. XX).
22 de agosto	Ginés de Pasamonte roba el rucio a Sancho. Sancho deja a don Quijote en la Sierra Morena, (Cap. XXV).
23 de agosto	Sancho llega a la venta. No entra.
24 de agosto	Sancho sale en busca de don Quijote.
25 de agosto	Don Quijote es conducido a la cama.
26 de agosto	De madrugada, Maritornes se burla de don Quijote, lo cuelga de una mano.
27 al 31 de agosto	Abandonan la venta. Don Quijote va enjaulado. Caminan rumbo de la aldea.
1 de septiembre	Llegan a la aldea y a casa al medio día.

## SEGUNDA PARTE (SEPTIEMBRE A DICIEMBRE)

1 al 26 de septiembre	Don Quijote reposa en su casa. Lo visitan sus amigos.
27 al 29 de septiembre	Sancho aplaca a su mujer; Don Quijote aplaca a su sobrina preparando la tercera salida.
29 de septiembre	Salen por la noche reanudando sus aventuras.
30 de septiembre	Pasan el día platicando en el camino.
1 de octubre	Al anochecer llegan al Toboso en busca de Dulcinea.
3 de octubre	Al alba traban batalla don Quijote y el bachiller, resultando éste vencido. Durante la mañana dan alcance al Caballero del Verde Gabán.
3 al 6 de octubre	Don Quijote permanece en la casa del Caballero del Verde Gabán, don Diego de Miranda.
7 de octubre	Don Quijote abandona la casa del caballero.
8 de octubre	Don Quijote presencia el supuesto suicidio de Basilio. Bodas de Camacho.
9 al 11 de octubre	Don Quijote y Sancho permanecen como invitados en la aldea de Basilio y Quiteria.
12 de octubre	Emprenden de nuevo la marcha, don Quijote, Sancho y el primo.
13 de octubre	Cueva de Montesinos. Descenso de don Quijote. En la noche, en la venta, retablo de maese Pedro.
14 de octubre	Amo y escudero reanudan la marcha, (Caps. xxv y xxvi).
14 al 16 de octubre	El pueblo del rebuzno. Paliza de Sancho, (Cap. xxvii).
17 al 19 de octubre	Riberas del Ebro.
20 de octubre	Encuentro con los duques.
26 de octubre	En casa de los duques. Salen de cacería.
27 de octubre	Al terminar la mascarada vuelven al castillo ducal, (Caps. xxx y xxxv).
28 de octubre	La azotaina. Sancho le manda carta a su mujer con fecha del 20 de julio de 1614 (Cervantes atrasa la fecha epistolar). La Dueña Dolorida. Aventura de Clavileño.
29 de octubre	Don Quijote y la serenata. Altisidora. Por la tarde envían a Sancho a su ínsula.
30 de octubre	Ronda nocturna de Sancho, (Cap. xlix). Don Quijote y la burla de los gatos.
31 de octubre al 4 de noviembre	Don Quijote permanece en su aposento.
31 de octubre	Sancho da audiencia. Dicta sentencias.

5 de noviembre	Supuesto asalto a la ínsula.
6 de noviembre	Al amanecer Sancho ensilla su rucio, (Cap. LIII). De noche cae en una sima.
7 de noviembre	Don Quijote y gente del castillo sacan a Sancho y al rucio del hoyo.
8 de noviembre	Desafío de don Quijote y el lacayo Tosilos.
9 de noviembre	Caballero y escudero dejan la casa ducal. Llegan a la venta.
10 de noviembre	Madruza don Quijote y se despide, (Caps. LVIII y LIX).
11 al 16 de noviembre	Sancho se rebela. Roque Quinart da aviso a sus amigos de la llegada de don Quijote a Barcelona.
20 al 23 de noviembre	Don Quijote y escudero caminan. Llegan a las playas de Barcelona.
24 de noviembre	Don Quijote, al amanecer entra en la ciudad.
25 de noviembre	Don Antonio Moreno. La cabeza encantada, (Caps. LXII y LXIII).
28 de noviembre	Batalla con el Caballero de la Blanca Luna. Don Quijote es derribado y vencido.
29 de noviembre	Don Quijote permanece en el lecho hasta el 3 de diciembre.
4 y 5 de diciembre	Partida de don Antonio Moreno. Don Quijote y Sancho lo siguen poco después, (Cap. LXV).
11 de diciembre	El lacayo Tosilos come con Sancho. Don Quijote sigue solo, luego lo alcanza Sancho, (Cap. LXVI).
12 de diciembre	Amo y escudero vuelven a caminar. Arriban de nuevo al castillo de los duques, (Cap. LXVIII).
13 de diciembre	Los duques visitan en su aposento a don Quijote. Este pide permiso de partir. Sale en la tarde, (Cap. LXXI).
14 de diciembre	Se alojan en un mesón. Llegada de don Álvaro Tarfe, (Cap. LXXII).
15 de diciembre	Penitencia aparental de Sancho.
16 de diciembre	Al amanecer reanudan la marcha. Entran en la aldea, (Cap. LXXIII).
16 al 21 de diciembre	Cae enfermo don Quijote, (Cap. LXXIV).
22 al 24 de diciembre	Don Quijote permanece en cama.
25 de diciembre	Muere don Quijote, (Cap. LXXIV).



## VITRAL 1

MESA DE LECTURA DE CERVANTES

LIBRO I, PRÓLOGO

*Cualquier día antes del 27 de julio*

ESTA VIDRIERA O VITRAL se pudiera titular: «Mesa de lectura de Miguel de Cervantes Saavedra». Componen la escena tres elementos.

Primer elemento, el conjunto de libros —los amigos de papel del caballero de la Mancha— que según su creador, Cervantes, precipitaron su locura.

Están a la vista sus títulos, y hacer cualquier comentario sobre sus autores es caer en la sima de la repetición.

Segundo elemento, la vela encendida. Bachelard dice: «La llama de una vela [...] es un instrumento para un cosmos mejorado». En el vitral «[...] el color es una epifanía del fuego; la llama encendida de la vela es una ontofanía de la luz».<sup>73</sup> Toda la civilización de Occidente se debe, en gran parte, a la luz de la vela que alumbró escritos y lecturas de los hombres que trabajaron durante noches venciendo la oscuridad y dando a luz sus obras inmortales que orlan nuestra civilización y cultura. Algún autor transcribe que era un velón el aparato de luz que alumbró algunos de los escritos de Cervantes.<sup>74</sup>

El tercer elemento —el más importante en la escena— es la figura sedente de Cervantes escribiendo, tal vez, del *Quijote*.

Por decoro estético, por un reposo apolíneo, el vitralista —como buen recreador artístico— evita lastimar los ojos de carne del espectador, presentándonos a Cervantes sin la mano manca destrozada por el disparo de un arcabuz en la Batalla de Lepanto. Todos los estudiosos de la obra de Cervantes hablan de la génesis de su personaje más famoso: don Quijote de la Mancha. Repetir aquí esos arduos trabajos —aunque sea en parte— sería redundante.

Son pocos los que se detienen a señalar los precedentes caracterológicos que sin lugar a duda estudió Cervantes para darle a su personaje la figura humana exacta para que ésta tuviera el encuadre morfológico del soñador, del dulce loco trashumante, como contraste a una época y una sociedad bárbara y atroz como la que le tocó vivir al propio autor.

Francisco Rico cita uno de esos precedentes de la siguiente manera: «A su vez la versión de los humores propuesta en el *Examen de ingenios* (1575) de Juan Huarte de San Juan, atribuía al colérico y melancólico unos rasgos de inventiva singular como los paralelos en nuestro *ingenioso* hidalgo».<sup>75</sup>

El doctor Félix Martí Ibáñez, director de la revista *MD* aseguraba que Cervantes había leído a Huarte de San Juan y que tomó, entre 1575 y 1594, de su libro *Examen de ingenios para las ciencias*, el adjetivo sustantivado del famoso personaje: *El ingenioso caballero*. De los miles de trabajos que rutilan como estrellas sobre el vastísimo campo de la obra de don Quijote, hay se-

<sup>73</sup> Bachelard, Gastón, *La llama de la vela*, Monte Ávila Editores, Caracas, 2002, pp. 8 y 55.

<sup>74</sup> El velón tradicional en España es una lámpara de metal con una columna en espiral por donde asciende o desciende una plataforma con un recipiente para el aceite y tres picos para las mechas. La base por lo general termina en forma de platillo. Tiene una pantalla afiligranada también ajustable para disminuir el resplandor de las luces en los ojos del usuario.

<sup>75</sup> De Cervantes, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, Galaxia Gutenberg, Círculo de lectores, Madrid, 2005, p. 39.

ñalamientos que como éste, aunque no se pueden probar, tampoco se deben negar.

De manera tal que se debe aceptar que hay un Quijote de cada lector y no un lector de todos los Quijotes.

Véase, sólo como una experiencia más, un pasaje de Huarte de San Juan: «Esto de salir el hombre de su natural para ser valeroso y sabio —y don Quijote lo era— es tanta la importancia que ningún maestro hay en el mundo que tanto pueda enseñar, especialmente viéndose a veces desamparado del favor y regalo de su patria», —y el Quijote lo estaba—. En el mismo párrafo Huarte de San Juan continúa diciendo: «Sal de tu tierra —dijo Dios a Abraham— y de entre tus parientes y de casa de los padres, y ven al lugar que yo te enseñaré, en el cual engrandeceré tu nombre...». Y el Quijote salió de su casa, no una sino tres veces.

Termina el párrafo Huarte de San Juan diciendo: «Todo esto se entiende supuesto que el hombre tenga buen ingenio —ingenioso como don Quijote— y habilidad, porque si no quien bestia va a Roma bestia torna: poco aprovecha que el rudo vaya a estudiar a Salamanca, donde no hay cátedra de ingenio ni de prudencia, ni hombre que la enseñe».<sup>76</sup>

Ernst Kretschmer dice que «el cuerpo es la sede del espíritu» al reconsiderar el genio y la figura de los humanos a partir de la clásica división: el atlético, el asténico y el pícnico.<sup>77</sup>

---

<sup>76</sup> Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para la ciencia*, Espasa-Calpe, Colección Austral No. 599, Buenos Aires, 1948, pp. 88 y 89.

Juan Huarte, nació en San Juan de Pie del Puerto el año 1535. Estudió humanidades y medicina en la Universidad de Huesca (1571). Su magna obra, *Examen de ingenios*, lo señala como un precursor en filosofía, además de iniciador de la psicología moderna y el primer ensayista en topografía científica del cerebro y de la Teoría de la Selección —estudio anticipado a su época por el cual su obra fue expurgada dos veces por la Inquisición—; y que trata por primera vez de las distintas predisposiciones que hay en los hombres y de «saber, pues, distinguir y conocer estas diferencias naturales del ingenio humano y aplicar con arte a cada uno la ciencia que más ha de aprovechar», según palabras de Huarte. Asombroso anticipo de los actuales estudios en todos los campos experimentales de la pedagogía, la psicología y la psiquiatría, *El examen de ingenios*, de Huarte ha sido traducido universalmente y, según ha dicho Menéndez y Pelayo, la suerte de esta obra no ha sido igualada a ningún otro libro de filosofía española.

Como dato anecdótico San Juan del Pie de la Cuesta, patria de Huarte de San Juan, hoy pertenece a Francia y es la llave de entrada al país galo a través del desfiladero de Roncesvalles, donde la retaguardia de Carlo Magno fue masacrada y muerto Roldán por los vascos. La colegiata de la villa de Roncesvalles, construida en 1218, exhibe en grandes vitrales alargados y en imágenes de luz, la batalla desastrosa (año 778). La villa tiene 93 habitantes.

<sup>77</sup> Kretschmer, Ernst, «Genio y figura», *Revista de Occidente*, I, septiembre de 1923, Madrid, pp. 161-174.



El diseñador Alberto Vázquez García y el vitralista Leonardo Moreno Arellano nos entregan en un reposo de luces la figura de Cervantes leyendo —tal vez— la obra de Huarte de San Juan, presintiendo los rasgos tipológicos de don Quijote, quien según Cervantes eran los de un varón alto, seco de carnes, deshabitada su boca de muelas y de casi todos los dientes, soñador y melancólico. «Es el héroe de sí mismo [...] largo grafismo flaco como una letra acabada de escapar directamente del bostezo de los libros».<sup>78</sup>

---

<sup>78</sup> Vevia Romero, Fernando C., «Presencia del Quijote en nuestra cultura», *Estudios sobre la obra de Cervantes*, CUNorte, UdeG, p. 15.



## VITRAL 2

DON QUIJOTE ES ARMADO CABALLERO

LIBRO I, CAPÍTULO III

*27 de julio, por la noche*

EL VITRAL ES un acierto por la presencia de los personajes que componen la escena, y por la ausencia de otros, un aserto.

El muchacho con el cabo de vela que alumbra el solemne (para don Quijote) ritual, es un eco vibrante de luz del niño que con otra vela y su mano iz-

quiera como pantalla alumbra al *San José carpintero* de Georges de La Tour. Las dos escenas son cósmicas.

En el vitral 2 del Colegio México están ausentes —tal vez por un decoro por parte del artista que lo fabricó— «La Tolosa» y la «Molinera», las dos prostitutas que en el texto original principian burlándose de don Quijote y al último, una de ellas termina por ayudarlo a ajustarse las espuelas.

La llama de la vela en el candil que sostiene el muchacho, es otro personaje que completa e ilumina la nocturnidad de la escena. Y es que la llama de una vela «Mientras arde, debe reanimarse, mantener, contra una materia tosca, el dominio de su luz».<sup>79</sup>

Resulta entonces que al contemplar el vitral 2 se perciben dos luces: la de la figura de la flama de la vela; y la luz que, a través del cristal, traspasa su esencia venida hasta nosotros desde el cosmos que nos circuye.

---

<sup>79</sup> Bachelard, Gastón, *La llama de una vela*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1992, p. 21.



### VITRAL 3

ESCRUTINIO Y QUEMA DE LIBROS

LIBRO I, CAPÍTULO VI

*Domingo 29 de julio*

AL CONTEMPLAR EL vitral 3 se está ante otra «composición» por parte del vitralista y el diseñador quienes, de acuerdo a su arte, tienen el derecho de hacer su propia interpretación —en este caso del capítulo VI— con escenas y momentos episódicos del *Quijote*, dándonos imágenes vivísimas con su obra de recreación.

Son los amigos de don Quijote quienes aprovechan que está depositado en el reposo (dormido) para realizar el ataque a su biblioteca donde están los libros que según ellos son la causa de su locura.

Es el ama el personaje más punitivo: primero rocía agua bendita con un hisopo sobre los libros porque «ella cree que puede haber por ahí un encantador».

La capacidad plástica de Cervantes al describir esta escena hace que muchos lectores «vean» volando por los aires, deshojados y con los pliegos a punto de desprenderse, los libros que el ama arroja desde la biblioteca al patio de la casa donde se les prenderá fuego. El fuego que quizá en el subconsciente de Cervantes representaba a aquel otro fuego, el de las hogueras inquisitoriales. Aquí el fuego y sus funestos destellos de luz adquieren una condición destructiva y satánica, y una categoría deconstructiva —técnica usada por Cervantes en su narración— por la presencia de opuestos que nos llevan a la paradoja. Paradoja porque es precisamente el cura —personaje sedente al extremo izquierdo del vitral— y supuesto representante de ese poder omnímodo inquisitorial quien salva un libro cuando el ama comienza a arrojarlos en montones al patio para quemarlos. Uno de ellos cae dentro del aposento, a los pies del cura, quien lo toma en sus manos e impide su incineración cuando dice: «—¡Válame Dios! —dijo el cura dando una grave voz— ¿Que aquí esté *Tirante el Blanco*?<sup>80</sup> ¡Dámelo acá compadre; que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempo!»

Cervantes, dolido por la aparición del *Quijote* de Avellaneda, ¿padecía —tomando en préstamo palabras de Scheler— un resentimiento en su moral? ¿En esta quema de libros hace arder también parte de su subconsciente? ¿Es una visión anticipada a la quema de libros que harían siglos después Hitler, el generalísimo Franco<sup>81</sup> y Ray Bradbury<sup>82</sup> en su fantasía literaria?

En su técnica de los opuestos, Cervantes equilibra el capítulo cuando él mismo se declara amigo del cura a propósito de *La Galatea*, en el momento en que éste dice: «Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos».<sup>83</sup>

El tercer personaje, al centro del vitral, pertenece indudablemente al licenciado, quien junto con el cura, el barbero, el ama y la sobrina forman el núcleo

<sup>80</sup> *Tirant lo Blanch*, Joya de la literatura catalana y orgullo de Cataluña y su arcaico impulso separatista.

<sup>81</sup> Báez, Fernando, *Historia universal de la destrucción de los libros*, Debate, R. House Mondadori, México, 2004, pp. 210, 218 y 254.

<sup>82</sup> Bradbury, Ray, *Fahrenheit 451*, Random House Mondadori, Barcelona, 2003.

<sup>83</sup> Vevia, R. C. F., *op. cit.*, pp. 85-86.

familiar de don Quijote y antes, el caritativo Pedro Alonso, quien rescata a don Quijote molido a palos y espera que se haga de noche para entrarlo al pueblo y evitar sea objeto de la befa de la chiquillería y los vecinos de la aldea.

Todos ellos forman un coro, un coro de voces donde se canta un himno a la amistad. Para librar a don Quijote del mal de los libros, y porque aman y respetan tanto al señor de la casa, ese amor amoroso a don Quijote los lleva a realizar de buena fe el saqueo de la biblioteca y la incineración de gran parte de ella.



## VITRAL 4

DON QUIJOTE CONVENCE A SANCHO PARA QUE SEA SU ESCUDERO

LIBRO I, CAPÍTULO VII

*Entre el 1 y el 15 de agosto*

ENTONCES, DON QUIJOTE pidió a un labrador vecino suyo y «hombre de bien —si es que este título se puede dar al que es pobre—, pero de muy poca sal en la mollera», que fuera su escudero. Y tanto le dijo, tanto le insistió y tanto le prometió, que el pobre labrador acabó aceptando la propuesta de convertirse en su escudero. Entre otras cosas, don Quijote le aseguró que se

dispusiera a partir con él de muy buena gana, pues era bastante probable que sucediera una aventura en la que se ganara —en un dos por tres— alguna ínsula, en la que con toda seguridad lo nombraría su gobernador. Por su parte, «iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota (de vino), y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido».





## VITRAL 5

ALDONSA LORENZO (DULCINEA DEL TOBOSO),  
SANCHO Y DON QUIJOTE

LIBRO I, CAPÍTULO I, XXV Y XXXI

*Del 22 al 25 de agosto*

EL VITRAL 5 es una «composición» por parte de los artistas que lo recrearon. Representa en sus figuras tres pasajes distintos en la obra textual de don Quijote en donde la imaginación de Cervantes se colma de apogeos, porque todo nos parece real debido a la «plasticidad» del lenguaje del autor quien,

con esta técnica de construcción narrativa, nos hace «ver» las escenas como si fueran una pintura, casi una fotografía.

La primera figura, de izquierda a derecha en el vitral, es la de Aldonsa Lorenzo Nogales (Lorenzo por parte del padre; Nogales, por parte de madre) «Ahechando dos anegas de trigo en un corral de su casa»,<sup>84</sup> pues, según la propia descripción que de ella hace Sancho —segunda figura—, es una aldeana que no sabe leer ni escribir, es forzuda como un zagal; un día se subió al campanario del pueblo y desde ahí llamó a voces a los mozos, quienes estaban arando las tierras de su padre a varias leguas de distancia y ellos oyeron su voz como si estuvieran al pie de la torre.<sup>85</sup>

La tercera figura, en el mismo orden, es la de don Quijote hincado, pero que en la «real fantasía» del libro jamás estuvo a cuatro metros de distancia de Aldonsa y sólo la vio de lejos cuatro veces. Así lo declara el Quijote cuando la instituye dama de sus pensamientos,<sup>86</sup> con el nombre de Dulcinea del Toboso y por la que va a realizar todas sus hazañas y a sufrir la macabrería sarcástica de la plebe y la befa de los poderosos.

Cervantes, indudable lector de Ovidio, crea en el *Quijote* su propia *Metamorfosis*, al hacer que en la mente del Señor de la Mancha se realice un trueque paradójico o de oposición que algún estudioso de la obra identifica con instantes dialécticos en el sentido que tiene la dialéctica de Hegel, en donde un momento se opone al anterior pero en un tipo de íntima unión para crear —en el caso del *Quijote*— una deconstrucción, una paradoja. Allí, donde está una aldeana ruda, obesa, hombruna, analfabeta y oliendo a macho cabrío, don Quijote contempla a la luz de su alma, una dama esbelta y fina que carda linos con sus manos azucénicas; está asistida por la gracia y la prudencia y su cuerpo huele a flores y a lirios amanecidos a orillas de un alba deletreada.

---

<sup>84</sup> De Cervantes, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, segunda parte, Galaxia Gutenberg, cap. 31, p. 392.

<sup>85</sup> Cap. XXV, p. 320, *op. cit.*

<sup>86</sup> Cap. I, p. 47, *op. cit.*



## VITRAL 6

SANCHO QUIERE ACOMPAÑAR DE NUEVO A DON QUIJOTE  
COMO SU ESCUDERO Y LO DISCUTE CON TERESA PANZA

LIBRO II, CAPÍTULO V

*28 de septiembre*

EL VITRAL NOS presenta, como una escena de teatro, el diálogo entre Sancho Panza —figura a la derecha— y Teresa Cascajo de Panza —figura del centro— dándole como razones para su segunda salida de casa al lado de don Quijote, los bienes y riquezas prometidos por el caballero de La Mancha,

incluyendo la gubernatura de una ínsula; todo en bien de la familia y como futuro patrimonio para Sanchica (Mari Sancha), la hija —figura a la extrema izquierda— a quien Sancho la quiere hacer condesa y que a su regreso a todos se les nombre antecediendo el «don» y el «doña».

Cervantes, que vivió la experiencia amarga de estos lances matrimoniales, convierte el diálogo en un verdadero duelo verbal entre marido y mujer.

Teresa se defiende y defiende lo suyo rechazando de antemano los «doñes» y las «donas» diciéndole a su marido que aunque se vista a lo condesil, la gente siempre irá a decir: «¡Mirad qué entonada va la pazpuerca!» Pazpuerca quiere decir sucia, empuercada. De allí la presencia de un tercer elemento animal en la vidriera: la piara de cerdos —en vez de personas— que el artista bien colocó en el plano más bajo de la escena como una contraposición.

Sancho arma su tenderete de razones sin razón, y ante las acometidas verbales de Teresa, quien como mujer y ama de casa tiene los pies bien plantados en el suelo, pues ella quiere oponerse a la voluntad y caprichos de Sancho, le dice: «pero allá van reyes do quieren leyes».<sup>87</sup> La mujer tuerce el refrán adrede, el original dice: «Allá van las leyes do van los reyes», como una última defensa y con un ademán de burla. Algunos estudiosos opinan que Cervantes escribió adrede el inocente error. Es un disparate intencional de Cervantes. Bergamín dice lo siguiente: «La flaqueza de don Quijote, la gordura de Sancho, se disparan juntas por el mundo, por todos los mundos de Dios. Disparo clarísimo, evidente de lo dispar, disparo estupendo».<sup>88</sup>

De todas maneras Sancho no sale airoso del trance: ante las razones de su mujer, se le caen los palos del sombrero sobre la cabeza (la frase es de Juan José Arreola).

---

<sup>87</sup> De Cervantes, Miguel, *El Quijote de la Mancha*, segunda parte, capítulo V, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2004, p. 728

<sup>88</sup> Bergamín, José, *El disparate en la literatura española*, El clavo ardiendo, Sevilla, 2005, pp. 35-43 y 63.



## VITRAL 7

SANCHO Y LA DUQUESA

LIBRO II, CAPÍTULO XXXIII

*27 de octubre*

EN ESTE VITRAL se representa el diálogo que sostuvieron la duquesa y Sancho, y que más que un coloquio parece un duelo verbal entre las filosas agudezas de la noble y la taimada socarronería de Sancho. Dicho duelo comienza con la pulla que la duquesa le endilga a Sancho cuando éste, debido a su corta

estatura y redondeada obesidad, insiste en permanecer parado y la noble señora (noble nada más por su rango) le dijo: «que se sentase como gobernador y que hablase como escudero».

De esta manera está compuesta la escena del vitral: a la izquierda está Sancho sentado en un nivel más bajo al de la duquesa, con su designado calzón azul Chartres. Las siguientes figuras pertenecen a dos damas de la corte de pie y flanqueando a su ama por la diestra. Sigue la figura de la duquesa en su sillón episcopal. La guarece la figura de una doncella a su izquierda y al extremo derecho del vitral. Su largo vestido de mangas arrocadas es «el relámpago verde» de López Velarde.

En el rostro de la duquesa se adivina el cansancio y el tedio de una vida ociosa; pero cruza su rostro otro relámpago: el de la agudeza verbal a la orilla de palabras que casi son poéticas cuando le dice a Sancho:

De lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega a mis oídos cuando me dice: «pues don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato y Sancho Panza, su escudero, lo conoce, y, con todo eso, le sirve y le sigue y va atendido a banas promesas tuyas, sin duda alguna debe ser él más loco y tonto que su amo».

¿Escrúpulos del alma, susurros en los oídos? Son palabras casi poéticas en boca de la condesa; pero luego viene el bandazo de palabras denigrantes con las que descalifica a Sancho y a don Quijote. Sólo Cervantes fue capaz de darle a estos «opuestos» verbales la brillantez de una prosa escrita para los siglos.



## VITRAL 8

SENTENCIAS DEL GOBERNADOR SANCHO

LIBRO II, CAPÍTULOS XLV Y XLIX

*31 de octubre*

LA MANERA DE narrar de Cervantes —ya se ha dicho— es plástica, vale decir, casi vemos las escenas. Otra técnica de construcción novelística del autor es la de hilvanar los momentos narrativos con el hilo sutil de la voz del narrador; o bien, emplear otras voces que provienen de anales, crónicas y cuentos heredados de la gran tradición oral.

Esta forma plástica de narrar hace que la escena que nos «pinta» tenga diferentes interpretaciones y distintas formas de ser, adoptadas por el lector o por el espectador que las curse.

Así, el vitral 8 puede aceptarse como el episodio donde Sancho funge como juez en su ínsula y retrotrae —dicho por él mismo— un viejo relato del siglo xv que le oyó contar al cura de su aldea. Cervantes lo funde en el momento episódico como si fuera teatro, buen teatro a partir de los diálogos de sus personajes. Este relato es el juicio de las diez monedas de oro.

Después de dictar sentencia como gobernador, en el caso de las caperuzas, le presentan a Sancho otros demandantes. Recuérdesse que todo es una cruel burla urdida por los condes, quienes hacen víctimas de sus bromas al bueno de don Quijote y al socarrón de Sancho.

Estos demandantes son dos ancianos, uno portador de un báculo o bastón de caña —en el vitral es la primera figura de la izquierda—, y el otro sin báculo —que es la siguiente figura hacia la derecha—. Ambas figuras, más la de Sancho, son un eco atinado de Gustave Doré por parte del diseñador y el vitralista.

El anciano sin báculo se queja ante Sancho de haber prestado diez monedas de oro en oro (sic) al del báculo, y que éste dice que ya se las devolvió o que simplemente no se las prestó.

El del báculo, con el pretexto de jurar sobre la cruz de la vara de mando que porta Sancho, alarga el bastón para que se lo sostenga al otro anciano, quien lo toma con su mano. Enseguida jura que ha dado las diez monedas de su mano a la mano de su reclamador. El otro hombre, apesadumbrado, reconoce que tal vez sí lo hizo pero que a él se le ha olvidado.

Termina el juicio y el del bastón recoge rápidamente su caña de las manos del otro anciano y se apresura a salir de la sala. Sancho lo manda detener y, devuelto a su presencia, le ordena entregue el báculo al anciano quejoso, y le dice a éste:

—Andad con Dios que ya vais pagado.

Y el anciano demandante, como en el buen teatro, le responde:

—¿Yo, señor? Pues, ¿vale esta cañaheja diez escudos de oro?

Sancho manda partir la caña en cuyo centro estaban las diez monedas del préstamo que el astuto y pérfido deudor «sí» había dado de su mano a la mano del prestamista, cuando éste le sostuvo el báculo con el pretexto de que el otro ocupara sus manos en jurar la verdad.

La figura del personaje en pie a la extrema derecha del vitral es la del mayordomo o escribano según el texto original; zurdo, como un fino detalle —como un guiño— por parte del diseñador y del vitralista.





## VITRAL 9

### LA MUERTE DE DON QUIJOTE

LIBRO II, CAPÍTULO LXXIV

*Entre el 24 y el 25 de diciembre*

LA ESCENA TAN repetida en la memoria colectiva de los lectores del *Quijote*, y hasta en los que no lo han leído pero tienen referencia de ella, es uno de los temas más difíciles de explicar en la obra de Cervantes.

Más allá de las repetidas imágenes de los nidos de antaño y los pájaros hogaño hay en el texto real un mar de fondo.

Existen críticos de la obra que aseguran que Cervantes se equivocó en la muerte del excelso personaje al conferirle una burla final —además de la pi-

soteada del tropel de toros (Cap. LVIII)— castigando a don Quijote a morir recobrada la conciencia, o sea, en su juicio cabal.

Entre estos críticos está Thomas Mann, quien leyó el *Quijote* a través del mar, mientras duraba la travesía del buque que lo traía de Europa a América.

¿Cuáles son las razones que impulsaron a Cervantes a imponer a don Quijote una muerte que tal parece es un castigo prometeico? El primer *Quijote*, el de 1605, es una comedia donde sus páginas están visitadas por la eutrapelia, el buen humor, y hasta por cierto tipo de moderada donosura. En cambio — tal vez debido al malestar que produjo en el ánimo de Cervantes su creciente pobreza, la vejez y la publicación del *Quijote* de Avellaneda— el segundo *Quijote*, el de 1615, es una novela asistida por una determinada grisura y gobernada por episodios de macabrería sarcástica —verdaderos oprobios— que el autor aplica al tándem de peregrinos andantes, como son los episodios del rebuzno (Libro II, Caps. XXV y XXVII); el pueblo de la reloja (Libro II, Cap. XXVII) así como la casi sangrienta patraña de Clavileño el alígero a la que es sometido don Quijote (Libro II, Caps. XL y XLI) en manos de los duques. Todos estos sucesos llevados a la letra por Cervantes lo impulsaron, quizá, a darle muerte a su personaje con la peor de las burlas: hacerlo recobrar la razón. Según varios autores don Quijote no merecía este facilismo de Cervantes para terminar su grandiosa novela. Entre estos autores están Heine, Turgueniev, Thomas Mann, Américo Castro, Menéndez y Pelayo y Ramón López Velarde.<sup>89</sup>

Pero es precisamente el hecho de que don Quijote recobre la razón en el umbral de la muerte, lo que nos deja estas bellísimas palabras al contestarle a su sobrina acerca de las misericordias que no abrevian ni impiden los pecados de los hombres:

[...] Sin las sombras caliginosas de la ignorancia [...] de los detestables libros de caballerías [...] no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde que no me deja tiempo de hacer ninguna recompensa, leyendo otros (libros) que sean *luz del alma*.<sup>90</sup>

*Luz del alma* es una expresión que don Quijote ya había utilizado cuando en una imprenta, durante su estancia en Barcelona (Cap. LXII), «pasó delante de otro cajón, donde vio que estaba(n) corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*<sup>91</sup> y viéndolo dijo: <Estos tales libros, aunque

<sup>89</sup> López Velarde, Ramón, *Obras*, “Mirando al valle”, FCE, México, 1971, p. 290.

<sup>90</sup> De Cervantes, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2004, p. 1330.

<sup>91</sup> Se refiere a la obra de fray Felipe de Meneses titulada *Luz del alma cristiana contra la ceguedad y ignorancia*, Valladolid, 1554.

hay muchos de este género, son los que se deben imprimir porque son [...] menester infinito de luces para tantos deslumbrados»».

Infinitas luces tienen también los vitrales de la Sala Magna del Colegio México Franciscano de Zapotlán. Pero esas luces no se originan en la superficie del cristal de las vidrieras, se generan en el alma de quien las contempla. Ahí se instala la *luz del alma*.



— / / / / —

ALGUNOS PASAJES DE *DON QUIJOTE DE LA MANCHA*<sup>92</sup>  
DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA



LIBRO I, PRÓLOGO

DESOCUPADO LECTOR: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y, así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento.

[...]

Porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribille, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me

---

<sup>92</sup> De Cervantes, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, edición del IV centenario, 2004, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española. Edición y notas de Francisco Rico.

preguntó la causa, y, no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte que ni quería hacerle, ni menos sacar a luz así las hazañas de tan noble caballero.



### LIBRO I, CAPÍTULO III

DONDE SE CUENTA LA GRACIOSA MANERA QUE TUVO DON QUIJOTE  
EN ARMARSE CABALLERO.

Y, ASÍ, FATIGADO de este pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

[...]

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones y, por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor [...]

Advertido y medroso de esto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y, leyendo en su manual,

como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba.

[...]

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras, y ensillando luego a Rocinante, subió en él y, abrazando a su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buena hora.



## LIBRO I, CAPÍTULO VI

DEL DONOSO Y GRANDE ESCRUTINIO QUE EL CURA Y EL BARBERO  
HICIERON EN LA LIBRERÍA DE NUESTRO INGENIOSO HIDALGO.

EL CUAL AÚN todavía dormía. Pidió las llaves a la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y, así como el ama los vio, volviose a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:

—Tome vuestra merced, señor licenciado; rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos del mundo.

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

—No —dijo la sobrina—, no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarnos por las ventanas al patio y hacer un rimero de ellos y pegarles fuego; y, si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.

Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue *Los cuatro de Amadís de Gaula*.

[...]

Y abriendo uno vio que era *La Diana* de Jorge de Montemayor, y dijo, creyendo que todos los demás eran del mismo género:

—Éstos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.

—¡Ay, señor! —dijo la sobrina—, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás, porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.

—Verdad dice esta doncella —dijo el cura—, y será bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante.

[...]

—Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaños de celos*.

—Pues no hay más que hacer —dijo el cura—, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el porqué, que sería nunca acabar.

[...]

Cansose el cura de ver más libros, y así, a carga cerrada, quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*.

—Lloráralas yo —dijo el cura en oyendo el nombre— si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fue felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.





## LIBRO I, CAPÍTULO VII

### DE LA SEGUNDA SALIDA DE NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

AQUELLA NOCHE QUEMÓ y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa [...]

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase —quizá quitando la causa cesaría el efecto—, y que dijese que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo; y así fue hecho con mucha presteza. De allí a dos días, se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole [...]

El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo:

—¿Qué aposento o qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

—No era diablo —replicó la sobrina—, sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió, y, apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno [...] Dijo también que se llamaba «el sabio Muñatón».

—«Frestón» diría —dijo don Quijote.

—No sé —respondió el ama— si se llamaba «Frestón» o «Fritón», sólo sé que acabó en *tón* su nombre.

—Así es —dijo don Quijote—, que ése es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un ca-

ballero a quien él favorece y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

[...]

En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien —si es que este título se puede dar al que es pobre—, pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador de ella. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos y asentó por escudero de su vecino.

[...]

Acomodose asimismo de una rodela que pidió prestada a un su amigo y, pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester. Sobre todo, le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaría y que asimismo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba duecho a andar mucho a pie.

[...]

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido.

[...]

—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar, por grande que sea.

A lo que le respondió don Quijote:

—Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban [...]



## LIBRO I, CAPÍTULOS I, XXV Y XXXI

QUE TRATA DE LA CONDICIÓN Y EJERCICIO DEL FAMOSO Y VALIENTE HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

QUE TRATA DE LAS EXTRAÑAS COSAS QUE EN SIERRA MORENA SUCEDIERON AL VALIENTE CABALLERO DE LA MANCHA, Y DE LA IMITACIÓN QUE HIZO A LA PENITENCIA DE BELTENEBROS.

DE LOS SABROSOS RAZONAMIENTOS QUE PASARON ENTRE DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA, SU ESCUDERO, CON OTROS SUCESOS.

¡OH, CÓMO SE holgó nuestro buen caballero [...] dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni le dio cata de ello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla «Dulcinea del Toboso» porque era natural del Toboso: nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto. [I]

—Todo eso no me descontenta; prosigue adelante —dijo don Quijote—. Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas o bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero.

—No la hallé —respondió Sancho— sino ahechando dos fanegas de trigo en un corral de su casa.

—Pues haz cuenta —dijo don Quijote— que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste, amigo, el trigo ¿era candelal o trechel?

—No era sino rubión —respondió Sancho.

—Pues yo te aseguro —dijo don Quijote— que, ahechado por sus manos, hizo pan candeal, sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besola? ¿Púsosela sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?

—Cuando yo se la iba a dar —respondió Sancho—, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte del trigo que tenía en la criba, y díjome: «Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está».

—¡Discreta señora! —dijo don Quijote—. Eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella [...] Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a dalle nombre? [...]

—Lo que sé decir —dijo Sancho— es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.

—No sería eso —respondió don Quijote—, sino que tú debías de estar romadizado o te debiste de oler a ti mismo, porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.

[...]

—Todo va bien hasta ahora —dijo don Quijote—. Pero, dime, ¿qué joya fue la que te dio al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar a los escuderos, doncellas o enanos que les llevan nuevas, de sus damas a ellos, a ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.

—Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza, pero eso debió de ser en los tiempos pasados, que ahora sólo se debe de acostumbrar a dar un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea, por las bardas de un corral, cuando de ella me despedí; y aun, por más señas, era el queso ovejuno.

[...]

—¡Oh, qué necio y qué simple que eres! —dijo don Quijote— [xxxI].



## LIBRO II, CAPÍTULO V

DE LA DISCRETA Y GRACIOSA PLÁTICA QUE PASÓ ENTRE SANCHO PANZA Y SU MUJER TERESA PANZA, Y OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELICE RECORDACIÓN.

LLEGANDO A ESCRIBIR el traductor de esta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese, pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía; y, así, prosiguió diciendo:

Llegó Sancho a su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría a tiro de ballesta; tanto, que la obligó a preguntarle:

—¿Qué traes, Sancho amigo, que tan alegre venís?

A lo que él respondió:

—Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro.

—No os entiendo, marido —replicó ella—, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento; que, maguer tonta, no sé yo quien recibe gusto de no tenerle.

[...]

—Mirad, Sancho —replicó Teresa—, después que os hicistes miembro de caballero andante, habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.

—Basta que me entienda Dios, mujer —respondió Sancho—, que Él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí.

[...]

—Yo os digo, mujer —respondió Sancho—, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto.

—Eso no, marido mío —dijo Teresa—, viva la gallina, aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo; sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora y sin gobierno os iréis, o os llevarán, a la sepultura cuando Dios fuere servido.

[...]

—¿No te parece, animalia —prosiguió Sancho—, que será bien dar con mi cuerpo en algún gobierno provechoso que nos saque el pie del lodo? Y cásese a Mari Sancha con quien yo quisiere, y verás cómo te llaman a ti «doña Teresa Panza» y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, a pesar y despecho de las hidalgas del pueblo [...] Y en esto no hablemos más, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas.

—¿Veis cuanto decís, marido? —respondió Teresa—. Pues, con todo esto, temo que este condado de mi hija ha de ser su perdición. Vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa o princesa, pero seos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos. «Teresa» me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de *dones* ni *donas*; «Cascajo» se llamó mi padre; y a mí, por ser vuestra mujer, me llaman «Teresa Panza» (que a buena razón me habían de llamar «Teresa Cascajo», pero allá van reyes do quieren leyes), y con este nombre me contento, sin que me le pongan un *don* encima que pese tanto, que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir a los que me vieren andar vestida a lo condesil o a lo de gobernadora, que luego dirán: «¡Mirad qué entonada va la pazpuerca! [...] Vos, hermano, idos a ser gobierno o ínsulo, y entonaos a vuestro gusto, que mi hija ni yo por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta. Idos con vuestro don Quijote a vuestras aventuras y dejadnos a nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas; y yo no sé, por cierto, quién le puso a él *don* que no tuvieron sus padres ni sus abuelos.



## LIBRO II, CAPÍTULO XXXIII

DE LA SABROSA PLÁTICA QUE LA DUQUESA Y SUS DONCELLAS PASARON CON SANCHO PANZA, DIGNA DE QUE SE LEA Y DE QUE SE NOTE.

CUENTA, PUES, LA historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que, por cumplir su palabra, vino en comiendo a ver a la duquesa, la cual, con el gusto que tenía de oírle, le hizo sentar junto a sí en una silla baja, aunque Sancho, de puro bien criado, no quería sentarse; pero la duquesa le dijo que se sentase como gobernador y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Ruy Díaz Campeador.

Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentose, y todas las doncellas y dueñas de la duquesa le rodearon atentas, con grandísimo silencio, a escuchar lo que diría; pero la duquesa fue la que habló primero, diciendo:

—Ahora que estamos solos y que aquí no nos oye nadie, querría yo que el señor gobernador me absolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran don Quijote anda ya impresa. Una de las cuales dudas es que pues el buen Sancho nunca vio a Dulcinea, digo, a la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, cómo se atrevió a fingir la respuesta [...]

A estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala levantando los doseles; y luego esto hecho, se volvió a sentar y dijo:

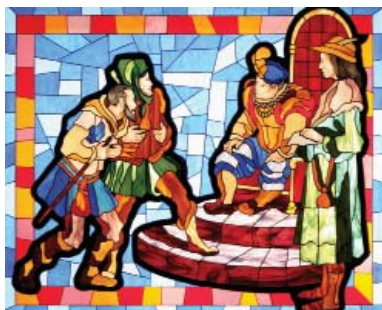
—Ahora, señora mía, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé a lo que se me ha preguntado y a todo aquello que se me preguntare. Y lo primero que digo es que yo tengo a mi señor don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanás no las podría decir mejores; pero, con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo

a mí se me ha asentado que es un mentecato. Pues como yo tengo esto en el magín, me atrevo a hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis o ocho días, que aún no está en historia, conviene a saber: lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado a entender que está encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Úbeda.

[...]

—De lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega a mis oídos, que me dice: «Pues don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y, con todo eso, le sirve y le sigue y va atenido a las vanas promesas tuyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo; y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse a sí ¿cómo sabrá gobernar a otros?».

—Par Dios, señora —dijo Sancho—, que ese escrúpulo viene con parto derecho [...] Pero ésta fue mi suerte y ésta mi malandanza: no puedo más, seguirle tengo; somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, diome sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel, y, así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón.



## LIBRO II, CAPÍTULOS XLV Y XLIX

DE CÓMO EL GRAN SANCHO PANZA TOMÓ LA POSESIÓN DE SU  
ÍNSULA Y DEL MODO QUE COMENZÓ A GOBERNAR.

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A SANCHO PANZA RONDANDO SU ÍNSULA.

¡OH PERPETUO DESCUBRIDOR de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras, Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá,



médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales y, aunque lo parece, nunca te pones! A ti digo, ¡oh sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre!, a ti digo que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza, que sin ti yo me siento tibio, desmazelado y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho a un lugar de hasta mil vecinos, que eran de los mejores que el duque tenía. Diéronle a entender que se llamaba «la ínsula Barataria», o ya porque el lugar se llamaba «Baratario» o ya por el barato con que se le había dado el gobierno. Al llegar a las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo a recibirle, tocaron las campanas y todos los vecinos dieron muestras de general alegría y con mucha pompa le llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria.

El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente que el busilis del cuento no sabía, y aun a todos los que lo sabían, que eran muchos [...]

—Señor, allí está escrito y notado el día en que vuestra señoría tomó posesión de esta ínsula, y dice el epitafio: «Hoy día, a tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión de esta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce».

—¿Y a quién llaman don Sancho Panza? —preguntó Sancho.

—A vuestra señoría —respondió el mayordomo—, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla.

—Pues advertid, hermano —dijo Sancho—, que yo no tengo *don*, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman a secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de dones ni donas; y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras; pero basta: Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro días yo escardaré estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos [XLV].

—Ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser o han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que a todas horas y a todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo sólo a su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, o porque no puede o porque no es aquél el tiempo diputado para darles audiencia, luego les maldicen y murmuran, y les roen los huesos, y aun les deslindan los linajes. Negociante necio, negociante

mentecato, no te apresures: espera sazón y coyuntura para negociar; no vendas a la hora de comer ni a la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso y han de dar a la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer a la mía, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios a él y a todos los de su ralea: digo, a la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen.

Todos los que conocían a Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente y no sabían a qué atribuirlo, sino a que los oficios y cargos graves o adoban o entorpecen los entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates [XLIX].



## LIBRO II, CAPÍTULO LXXIV

### DE CÓMO DON QUIJOTE CAYÓ MALO Y DEL TESTAMENTO QUE HIZO Y SU MUERTE.

COMO LAS COSAS humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero.

[...]

—Dadme albricias, buenos señores, de que ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de «bueno». Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita cetera de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios escarmentando en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado, y Sansón le dijo:

—¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuestra merced con eso? ¿Y ahora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida, como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle, por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos.

[...]

—¡Ay! —respondió Sancho llorando—. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros y el que es vencido hoy ser vencedor mañana.

[...]

—Señores —dijo don Quijote—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno.

[...]

En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallose el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió.

[...]

Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sansón Carrasco le puso éste:

Yace aquí el hidalgo fuerte  
que a tanto extremo llegó  
de valiente, que se advierte  
que la muerte no triunfó  
de su vida con su muerte.



# LA *DIVINA* COMEDIA

UN RECORRIDO POR LOS VITRALES DEL AULA MAGNA  
DEL COLEGIO MÉXICO DE ZAPOTLÁN

Ricardo Sigala

LA *DIVINA COMEDIA* ha sido considerada por muchos como el más grande poema de la literatura occidental. La escribió Dante Alighieri en las primeras décadas del siglo XIV en lengua toscana, se calcula que entre 1304 y 1321, año de la muerte del poeta. La anécdota de la que parte la historia es ampliamente conocida: Dante, que se convierte en el personaje de su propia obra, se ha apartado del buen camino cuando de súbito se encuentra en una selva oscura, justo en la entrada del infierno, y el espíritu de Virgilio, el poeta latino autor de *La Eneida*, hace las veces de guía en su recorrido por el infierno y el purgatorio en donde le relevará, en parte, a Beatriz, quien ha fraguado desde el paraíso este recorrido. Beatriz es una mujer de la que Dante estuvo enamorado, pero su amor se vio frustrado, primero por el matrimonio de ella, luego por su muerte. Así pues, la historia del libro es el peregrinar de Dante por los tres ámbitos del mundo en busca de Beatriz, que a decir de los estudiosos del libro, representa la beatitud religiosa.

La *Divina Comedia* está compuesta, como ya se ha dicho, de tres grandes capítulos o cánticos: El Infierno, El Purgatorio y El Paraíso, con 34, 33 y 33 cantos respectivamente, que dan un total de 100. Es fácil identificar la arquitectura que evoca la divina trinidad y la edad de Cristo; para Dante este universo construido por una lógica del número trino era con certeza una forma de la perfección, por cierto vedada a El Infierno, con su imperfecto 34, pero que en el fondo contribuye a la perfección de la totalidad. Las manifestaciones derivadas de esta numerología se van a multiplicar con los nueve círculos de El Infierno, las nueve cornisas de El Purgatorio y los nueve cielos de El Paraíso. Además Dante desglosó su enorme poema con la *Terza rima*, estrofa de su invención constituida por tres versos con rima intercalada y continua, que simula el caminar del peregrino. La arquitectura de la *Divina Comedia* se alza en torno a una serie inagotable de motivos trinitarios que no podemos agotar en esta nota.

El libro de Dante es un viaje, el andar de un peregrino. Claudio Magris dice que el viaje es la metáfora de la literatura, Alberto Manguel va más allá y lo considera un símbolo de la vida. En la *Divina Comedia* —a diferencia de

*La Odisea*— el viaje no es por el océano, sino al interior de la tierra, lo que quizás sea una metáfora del viaje al interior de uno mismo. Decía Magris que el viaje clásico parte de la casa o del hogar, de la patria, y retorna a ella. En la obra de Alighieri se parte de la pérdida de Beatriz —la beatitud según algunos— y se retorna a Beatriz: al Amor, al Paraíso, a Dios. La obra de Dante es alegórica, por lo que Dante es Dante y a la vez todos los hombres y el Hombre.

A 700 años de su creación, la cultura occidental no ha dejado de escuchar a Dante. Jorge Luis Borges ve en sus 15,000 versos «lo que fue, lo que es y lo que será, la historia del pasado y la del futuro, las cosas que he tenido y las que tendré, todo ello nos espera en algún lugar de ese laberinto tranquilo».

A diferencia de lo que se suele creer, en lo que se refiere a la incontable iconografía a la que ha dado lugar, Dante no es generador de horror, salvo por la representación de Lucifer (Dite). En la *Comedia* no asistimos a representaciones que busquen impresionar, como dice Giovanni Getto. «No es un poeta del miedo, por lo menos del miedo infernal y fúnebre, de ultratumba, de lo espectral y de lo tenebroso. Sus muertos y sus palabras, sus diablos y sus empresas, sus visiones y sus espectáculos de ultratumba no nos transmiten ningún escalofrío», dice Ángel Crespo en su libro *Dante y su obra*. Quizá esta idea se haya generalizado por las abundantes representaciones de los ilustradores románticos, los «que presentan un infierno que tiende a causar terror y repugnancia».

A través de los siglos la *Divina Comedia* ha sido tema del trabajo de los más diversos artistas plásticos, destacan las obras de Botticelli, Gustave Doré, William Blake, Salvador Dalí, William Adolphe Bouguereau y Miquel Barceló, entre muchos otros. Los vitrales son parte de esta tradición, a ella se suman los de Alberto Vázquez García y Leonardo Moreno Arellano que resguarda el Aula Magna del Colegio México de Ciudad Guzmán. En un breve libro sobre Dante, Ósip Mandelshtám escribió una frase que me sirve para presentar estos vitrales: «¡Poesía, puedes estar celosa de la cristalografía!»

## BIBLIOGRAFÍA CITADA Y CONSULTADA

- ALIGHIERI, Dante, *Obras completas*, Biblioteca de autores cristianos, Madrid, 1994.
- AUERBACH, Erich, *Dante, poeta del mundo terrenal*, Acantilado, Barcelona, 2008.
- CRESPO, Ángel, *Dante y su obra*, Acantilado, Barcelona, 1999.
- DUCROS, Franc, *Claves poéticas de la Divina Comedia*, Ficticia Editorial, México, 2011.
- GÓMEZ ROBLEDO, Antonio, *Dante Alighieri, I Las obras menores II La Divina Comedia*, El Colegio Nacional, México, 1985.
- MANGUEL, Alberto, *El viaje, la torre y la larva*, Fondo de Cultura Económica, México 2014.
- MARES, Roberto. *Dante*, Grupo Editorial Tomo, México, 2002.
- MANDELSTAM, Ósip, *Coloquio sobre Dante*, Acantilado, Barcelona, 2004.
- PAPINI, Giovanni, *Dante, vivo* en Obras tomo II, Aguilar, España, 1957.

Vosotros, los que entráis  
dejad aquí toda esperanza



## VITRAL 1

EL INFIERNO, CANTOS I, II Y III

*Abandonad toda esperanza*

DANTE HA PERDIDO el buen camino, se encuentra extraviado en una selva oscura, en una noche «cuyo recuerdo renueva el pavor». Dante es un solitario en este territorio extraño, y de súbito se le hacen presentes tres bestias que una tras de otra le impiden el paso; primero aparece una pantera de la que huye infructuosamente, luego un león «rugiendo de hambre» que se dirigía a él, y finalmente una loba escuálida, «llena de todos los apetitos». El día co-



mienza a dar sus primeras luces pero estas bestias lo empujan a la oscuridad, en donde una sombra, la sombra de alguien, parece aguardar para acrecentar su terror.

Eso más o menos dicen los primeros versos de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, muchos de los estudiosos han coincidido en que los tres animales deben ser interpretados como alegorías, siguiendo los propios comentarios de Dante, y han atribuido a la pantera el significado de la lujuria, al león el de la soberbia y a la loba el de la avaricia. La sombra que lo espera en la oscuridad es el poeta romano Virgilio, muerto más de mil años antes.

Virgilio ha salido del mundo de los muertos para cumplir con la encomienda que se le ha hecho: debe guiar a Dante por El Infierno, etapa inicial en el viaje que hará hasta llegar a su amada Beatriz en El Paraíso; es ella quien ha hecho la solicitud al poeta latino.

Dante está por iniciar su travesía, deberá atravesar el infierno en condiciones extraordinarias pues sus puertas sólo se abren a los que han muerto y han sido pecadores irredentos. Como es de suponer Dante es víctima del temor y la vacilación pero Virgilio lo persuade de luchar contra la bajeza de su propio corazón y lo incita a que se anime del valor y la lealtad que le ha mostrado Beatriz.

La entrada de El Infierno es uno de los momentos más memorables de la literatura universal, en ella se lee lo siguiente: «Por mí se va a la ciudad doliente; por mí se va a las penas eternas; por mí se va entre la gente perdida. La justicia movió a mi supremo Autor. Me hicieron la divina potestad, la suma sabiduría y el amor primero. Antes que yo no hubo otra creación, sino lo eterno, y yo permaneceré eternamente. Vosotros los que entráis, dejad aquí toda esperanza».



## VITRAL 2

### EL INFIERNO, CANTO IV

#### *El Noble Castillo*

DANTE Y VIRGILIO HAN iniciado su peregrinar por El Infierno y se encuentran con una multitud de almas suspendidas, han arribado al limbo, con aquellos que no fueron bautizados y los que no conocieron la palabra de Cristo por haber nacido antes de su revelación, su «castigo es un deseo sin esperanza». En seguida se ve a lo lejos lo que se ha denominado el *Nobile Castello*, un recinto rodeado de fuego y que resulta el único lugar luminoso del infierno,

no hay llanto ni sufrimiento aparente, ahí se encuentran los grandes hombres de la humanidad, que por su obra artística o filosófica, han contribuido a la mejora del mundo, razón por la que han recibido del «cielo esta distinción».

Al arribo de los protagonistas al Noble Castillo, Virgilio es recibido por cuatro «grandes sombras»: Homero, «el soberano poeta»; Horacio, «el poeta satírico»; Ovidio y Lucano, quienes se refieren a Virgilio como «el poeta del altísimo canto». Después sucede que incorporan a Dante al tan exclusivo grupo y pasa a ser «el sexto entre tanta sabiduría». Luego hablan «de cosas que es bueno callar, como bueno era hablar de ellas entonces».

Dante se incluye en el selecto grupo de los mejores seis poetas de la historia porque no se creía menos importante que ellos, y el tiempo le ha dado la razón. Pero surge una inquietud, de qué hablaron Dante y esos cinco representantes del *Nobile Castello*. Nunca lo sabremos. Resulta extraño porque uno de los métodos de Dante en su tránsito por El Infierno, es el de ejemplificar con un testimonio los distintos círculos, los protagonistas cuentan su experiencia, como sucede en el canto V en el que Francesca nos cuenta su historia con Paolo. Quizá Dante apeló a que lo no dicho, lo sugerido, deja una huella más permanente e inquietante que lo enunciado.

¿Por qué Dante ha dado tanta importancia en su libro a los escritores, incluso considerados por muchos como paganos? Tal vez nos quiera decir que en la selva oscura o en los momentos de la vida en que abandonamos toda esperanza ahí están los grandes espíritus de la humanidad, los grandes creadores para hacer de guías por la senda, que contribuirán a la purga de las faltas y finalmente a alojar a los fieles en la luz.

En su libro *El viajero, la torre y la larva*, Alberto Manguel refiere que en el siglo VI el Sínodo de Mâcon sentenció a un obispo que había cometido un asesinato a la siguiente penitencia: quince años de estudio de las Escrituras y después «peregrinaje por el resto de su vida». Queremos entender que para limpiar sus culpas, el pecador debía purificar el alma por la lectura y el cuerpo por el viaje. Eso parece sugerir Dante, acaba de iniciar su peregrinaje y se detiene en los escritores para poder luego emprender los noventa y cinco momentos, cantos, que le restan a su viaje. En un sermón de san Agustín, también citado por Manguel, se lee: «Nuestro espíritu tiene dos pies (uno para el intelecto y otro para el afecto, o de cognición y amor) y debemos mover ambos para caminar en la dirección correcta».



### VITRAL 3

EL INFIERNO, CANTO V

*Paolo y Francesca*

PAOLO Y FRANCESCA comparten una lectura, probablemente *Lanzarote del lago*. Imagino que, a la usanza de la época se leen el uno al otro en voz alta. Leen por gusto. Un día se encuentran «solos y sin cuidados», arriban entonces al pasaje en que «la deseada sonrisa» de la reina Ginebra «fue interrumpida por el beso del amante». Justo el momento en que Lanzarote es

«herido» por el amor, Paolo y Francesca se besan «temblando en la boca», también heridos por el amor. «Aquel día ya no seguimos leyendo», dice Francesca, y confiesa que el amor les hizo concebir una «pasión tan viva» y «tan turbios deseos» que tuvo como consecuencia la muerte de ambos a manos de su esposo Malatesta.

La historia de Paolo y Francesca es una de las anécdotas más recurrentes de la literatura occidental, sucede en el Canto v de El Infierno, justo después de la estancia de Dante y Virgilio en el Noble Castillo. Están ya en el segundo círculo, entran al «hospicio del dolor» donde se encuentran las almas castigadas «por un negro vendaval», aquellos que «el amor arrebató de la vida nuestra», los que padecieron el vicio de la lujuria.

Esta historia produce en Dante «tristeza y piedad», inclina la cabeza y llora en silencio, con las últimas palabras de Francesca el poeta se desvanece y cae desmayado «como los cuerpos caen muertos». Una marcada complejidad humana impregna este pasaje, ¿por qué Dante mete a los adúlteros al infierno y después siente compasión por ellos? Muchas respuestas se han intentado. En su libro *Nueve ensayos dantescos*, Jorge Luis Borges ensaya una de tipo humanista, asegura que Dante en la *Divina Comedia* «...definió a Dios, en El Infierno, por su justicia [...] y guardó para sí los atributos de la comprensión y de la piedad. Perdió a Francesca y se condolió de Francesca». Antes Benedetto Croce había escrito en *La poesía di Dante*: «Dante, como teólogo, como creyente, como hombre ético, condena a los pecadores; pero sentimentalmente no condena y no absuelve». Dante pues comprende humanamente a sus personajes, pero perdonarlos no está dentro de sus facultades.

En la historia de *Lanzarote del lago* los protagonistas se embarcan en un amor adúltero. Al leer esta historia, Paolo y Francesca se convierten en émulos de la cortesana anécdota, Dante los arroja a El Infierno como una especie de redención; al menos así lo entiende Borges que siete siglos después, escribe sobre «una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto», seguro el pasaje de Paolo y Francesca, «estas personas, que se ignoran están salvando el mundo».



## VITRAL 4

EL INFIERNO, CANTO XXVI

### *El último viaje de Ulises*

ULISES SE ENCUENTRA en el séptimo círculo de El Infierno, en el recinto de los fraudulentos, su pecado es el del engaño realizado con el Caballo de Troya en la guerra de Ilión, según lo cuenta Homero en la *Iliada*. Anda vestido con una llama que lo abraza, y abraza, junto a Diomedes, su cómplice. En este caso es Virgilio quien toma la palabra y se dirige al héroe griego; contra

la lógica de las intervenciones de los anteriores condenados, Ulises no habla de su pecado, la traición a Troya, sino de su último viaje y de la forma en que encontró la muerte.

Ulises relata cómo no consiguió la paz en su tierra y su ansia de conocimiento lo llevó a zarpar hacia una nueva empresa: «el ansia que sentía de conocer el bien del mundo, y los vicios y el valor humanos, por lo cual me marché por el ancho mar abierto». El maduro Ulises incita a su tripulación de ancianos con el argumento de que no fueron hechos para proceder como animales sino para alcanzar «el conocimiento y la virtud», y se aventura a su último viaje con rumbo a lo desconocido, por una ruta nunca antes transitada y vedada a los hombres. Navega hacia el ocaso y luego al sur. Tras cinco meses de navegación, ya en las antípodas encuentran una montaña, la más alta que habían visto en su vida; sin embargo, pronto la alegría de encontrar tierra se torna en temor cuando una borrasca los envuelve y el barco zozobra entre el mar que se cierra sobre ellos. La montaña divisada no es otra que el purgatorio.

Erich Auerbach, en su libro *Dante, poeta del mundo terrenal*, exclama: «!Qué impresionante es su Ulises!» El Ulises de El Infierno de Dante ha recibido la atención de muchos estudiosos y comentaristas, porque resulta una figura *sui generis* en relación con el resto de los personajes de El Infierno. Como ya se dijo, él no habla de su falta, sino de su audaz aventura final, misma que es una invención de Dante; él que fue tan atento a la historia y a las bibliografías, aquí se da el lujo de la propia ficción deliberada, basada en la osadía del héroe viajero por excelencia en el mundo antiguo.

Tres figuras confluyen en este pasaje, las tres forman parte de una genealogía de visitantes al submundo de la historia de la literatura occidental: En el Canto XI de *La Odisea*, Ulises visitó la morada de Hades en la que se encontró con varios espectros de su pasado, incluyendo a su madre; además el ciego Tiresias le vaticina su regreso a Ítaca. Virgilio había escrito en el libro VI de *La Eneida* el descenso al infierno por parte de Eneas, quien acompañado de la Sibila y de una rama dorada accede al inframundo. Dante no sólo ha convertido a Virgilio en personaje de ficción sino a sí mismo también, para formar esta triada que de alguna manera es una especie de columna vertebral de la literatura occidental.

Erich Auerbach afirma que la tradición griega creaba personajes a partir de una acción que revelaba su carácter, quizás Dante ha tomado el mismo recurso al escribir el pasaje de Ulises. La muerte y el castigo final del héroe se entienden debido a que «el orden providencial del mundo ha instituido un final a los límites humanos, la audacia no tiene ninguna validez autónoma, la

persona humana no encuentra su medida en sí misma sino en el destino que juzga con rectitud».

Se ha querido ver en este pasaje de Ulises una especie de doble de Dante: el ser humano vivo que transgrede y se dirige al lugar vedado a los hombres, en este caso a la montaña de El Purgatorio, Ulises es castigado con la muerte, Dante no, continuará su travesía hasta El Paraíso, quizá porque Beatriz piensa en él.

Ósip Mandelshtám en su *Coloquio sobre Dante* percibe la vejez como osadía y como futuro, escribe: «Para Dante, la vejez es ante todo un horizonte, una agudización de los volúmenes, la redondez del mundo. En este canto consagrado a Ulises, la tierra ya es redonda».





## VITRAL 5

### EL PURGATORIO, CANTO I

*Un suave color de zafiro oriental*

DANTE Y VIRGILIO han salido de El Infierno, recién abandonan esa «atmósfera muerta» que, —dice Dante— «me había entristecido los ojos y el corazón». El reino anterior, «la prisión eterna», es el de las sombras, ahora se incorporan a un reino de las almas que se purifican y se preparan para la contemplación de Dios.

El arribo a la playa apacible del antepurgatorio sucede al amanecer: «El alba vencía el aura matutina» como una lucha de la luz con las tinieblas. La isla se define por la luminosidad y por el color, de ahí que el primer personaje que encuentran, Catón de Útica, le da precisas indicaciones a Virgilio: «Haz que éste (Dante) se ciña un junco liso, y lávale el rostro, de modo que se extinga toda su suciedad, pues no conviene que con los ojos nublados se presente ante el primer ministro, que pertenece al paraíso».

Dante describe el espacio con las siguientes palabras: «Dolce color d 'oriental zafiro», («un suave color de zafiro oriental»). Borges ve en esta metáfora la insinuación de un «juego recíproco que bien podría ser infinito». Resulta significativo que el autor de los vitrales del Colegio México optó por el suave zafiro oriental como telón de fondo de su obra.

Catón es el vigía del antepurgatorio, su papel es el de dar impulso a las almas que aún tienen la distracción del mundo y sus tentaciones, «Catón es el justo combatiente por las libertades terrenales» y por eso es el guía en este lugar de «vida comunitaria y de educación para libertad», como gusta de llamarlo Erich Auerbach. Catón de Útica, como un faro en la orilla de la isla de El Purgatorio.



## VITRAL 6

EL PURGATORIO, CANTOS III, IV, V, VI Y VII

*Guarda para entonces tu deseo de reposar*

DANTE CANTÓ El Infierno y ahora canta El Purgatorio, es su voz la que nos guía, la que nos lleva de la mano a la manera de un Virgilio innombrado. Hoy en día, Dante goza de gran prestigio, algunos aseguran que se trata del mejor poeta de la literatura occidental, y él mismo lo sabía o por lo menos lo sospechaba: en el *Nobile Castello* es uno más entre los grandes. En El Purgatorio se encuentra a su maestro, el músico Casella quien canta: «Amor que me ha-

bla desde el pensamiento», un poema escrito nada menos que por el propio Dante; hasta allá ha llegado el reconocimiento de su poesía.

El recorrido continúa en las primeras estancias de El Purgatorio y sus residentes se detienen en la condición corporal de Dante, en su sorpresa porque la luz topa en su figura, se percatan de su condición de vivo y es entonces que el poeta se ve agobiado por una solicitud interminable de que los vivos rueguen por ellos, los penitentes de El Purgatorio, «aquella multitud compacta» que «rogaban para que otras rogasen para que se abreviara el tiempo de su santificación».

Luego viene el célebre pasaje en que Dante y Virgilio discuten sobre la utilidad de la oración, pues el poeta latino la había puesto en duda en alguno de sus textos. El autor de la *Divina Comedia* abre aquí un debate teológico por demás osado que termina con la aseveración de Virgilio de que el ruego no funciona si está «alejado de Dios». No obstante, no lo considera un asunto zanjado, pues deja la respuesta final en espera de Beatriz, quien debe ser consultada cuando se dé por fin el encuentro.

Una serie de personajes memorables pueblan los primeros cantos de El Purgatorio: Manfredo, quien reconoció lo horrendo de sus pecados «pero la bondad infinita tiene brazos tan largos que toma en ellos a quien a ella se vuelve»; Belacqua, sentado, con su cansancio auestas, expiando su pecado de pereza; el insepulto Jacobo del Cassero que murió con el nombre de María en los labios; Bonconte de Montefeltro cuya muerte le sorprendió haciendo con los brazos la cruz; Pía de Siena, muerta en un castillo de las marismas, por la mala voluntad de su marido.

En este contexto de variados personajes destaca Sordello, una figura «altiva y desdeñosa [...] mirándonos como hace el León cuando reposa». Mantuano como Virgilio, aborda un tema que no había sido tratado en el libro y que sigue teniendo gran vigencia. Sordello hace un discurso para contraponer los tipos de ciudad: utiliza como ejemplo de la decadente, malgobernada, la impura, a su propia ciudad: Mantua, «nave sin piloto en fuerte tempestad, no señora de provincias sino meretriz», y la compara con Roma: la culta, la civilizada, la pacífica y la prudente. La comparación desemboca en la Florencia de Dante: Atenas y Lacedemonia «que hicieron las leyes antiguas y fueron civilizadas» son pobres frente a Florencia. Los florentinos, «muchos llevan la justicia en el corazón». Dante hace aquí un tributo a su amada ciudad a la vez que establece el modelo de ciudad a la que se debe aspirar.

Edificar una ciudad modelo requiere ciudadanos modelo, los individuos son los que dan la forma moral a las naciones, y eso no es un trabajo sencillo, requiere un trabajo arduo, es como el ascenso continuo de los huéspedes de El Purgatorio, la montaña es tan alta que Dante duda poder alcanzar su cima,

si su propia vista no la alcanza. A lo que Virgilio responde: «Esta montaña es tal que siempre es penosa de subir al empezar, y cuando uno está más arriba, se hace menos difícil. Por eso, cuando te parezca tan suave que andes ligero como una nave que sigue la corriente, entonces estarás al final de este sendero. Guarda para entonces tu deseo de reposar».



## VITRAL 7

EL PURGATORIO, CANTOS XIX, XXVII, XXVIII Y XXX

*Toma tu voluntad por guía*

DANTE Y VIRGILIO deben recorrer las gradas, cornisas o terrazas de El Purgatorio: la soberbia, la envidia, la ira, la pereza, la avaricia, la gula, la lujuria; en ellas limpian las almas de los siete pecados capitales. En su camino encuentran innumerables penitentes, especialmente mujeres: si El Infierno es predominantemente masculino, El Purgatorio está marcado por una constante presencia femenina. Al principio del Canto XIX, Dante tiene un sueño perturbador en el que «una mujer tartamuda, de ojos bizcos, de pies torcidos,

manca y descolorida» de súbito se torna en una mujer hermosa, «del modo que lo quiere el amor», luego su canto es tan atractivo que a Dante le cuesta trabajo apartar su atención de ella, ha sido cautivado por su apariencia y su voz, en seguida sabemos que se trata de una sirena, esa que ha cautivado a los navegantes griegos. Virgilio lo llama hasta tres veces y Dante no lo escucha, fuera de sí como se encuentra. En el mismo sueño hace una aparición «una mujer honesta» —la prudencia—, quien desgarrar el vestido de la seductora sirena, de cuyo vientre surge un hedor que por fin saca a Dante de su estado. Después aparece el Ángel de Dios.

Tras pasar las siete cornisas de El Purgatorio, Dante debe cruzar un muro de fuego, «el que hay entre Beatriz y tú», es la prueba última de su purificación. Una vez cruzado ese fuego que quema pero no consume, en un nuevo sueño ve a las hermanas Lía y Raquel, la una que se complace en adornarse ante el espejo, la otra que se limita al deleite de mirarse en el espejo, primera y segunda esposas de Jacob, que representa la vida activa y la vida contemplativa respectivamente.

«Toma tu voluntad por guía», son las palabras con que Virgilio se despide de Dante, «no esperes ya mis palabras ni mi consejo; libre, recto y sano es tu albedrío, y sería un error no hacer lo que él te diga, por lo cual yo, considerándote dueño de ti, te otorgo corona y mitra». Esta penosa pérdida se verá compensada muy pronto: en el Canto xxx aparece por primera vez Beatriz con las cálidas palabras: «¡Mírame bien! Soy yo; soy realmente Beatriz».



## VITRAL 8

### EL PARAÍSO, CANTO I

#### *Transhumanarse*

DANTE ARRIBA A la parte más alta de su relato, comienza ahí su desesperación de escritor. Ha llegado a El Paraíso y su oficio de connotado poeta no le es suficiente para nombrarlo: «En el cielo que más intensamente recibe la luz estuve yo y vi cosas que ni sabe ni puede narrar el que desciende de allí, pues al acercarse a su deseo nuestro entendimiento profundiza tanto, que la memoria no puede seguirle», y agrega: «No podré escribir más que la sombra de esta experiencia».

Asistimos entonces a uno de los grandes momentos del poema, Dante hace una invocación a Apolo: «hasta aquí una de las cumbres del Parnaso me bastó; pero ahora las dos me son necesarias para entrar en lo que me queda



por recorrer». A través de El Infierno y El Purgatorio el poeta había recurrido a la primera cumbre del Parnaso —a las musas que son hijas de la memoria—, *Mnemosyne* en griego; ahora recurre a la otra cumbre, justamente al dios griego de la poesía. A Dante Alighieri no le basta el modelo aristotélico de la función poética, es decir, contar con las musas y la representación, la experiencia y la memoria; por el contrario, hace falta que un ser supremo intervenga.

«Entra en mi pecho y canta por mi boca», el peregrino pide al dios que le insuffle la virtud poética, incluso que lo haga como ya lo hizo con Marsias (un sátiro que había desafiado a Apolo y había recibido como castigo ser desollado), «del mismo modo que cuando sacaste a Marsias de la vaina de sus miembros». Dante le pide a Apolo primero que sople a través de su cuerpo y luego que lo haga salir de la envoltura de sus miembros, «es decir de sus propios límites humanos». Franc Ducros asevera en *Claves poéticas de la Divina Comedia*: «Para escribir El Paraíso (a Dante) le será necesaria la experiencia que ya vivió, en el acto de escribir, erguirse más arriba de lo humano. Dante inventa aquí un verbo en italiano, *trashumanare*, atravesar lo humano [...] Estamos [...] frente a un franqueamiento fundamental, radical y al mismo tiempo universal: la exigencia de ir más allá de los límites del hombre».

El poeta, en El Paraíso, se está acercando al principio universal, lo que no se puede nombrar —lo inefable— y en su transhumanarse se hace etéreo, «el relámpago [...] no corre tanto como tú al ascender aquí», le dice Beatriz.

Dante ha dado con el Poema.



## VITRAL 9

EL PARAÍSO, CANTOS III, V, XI, XXIII Y XXXIII

*Amen la justicia, ustedes que son los jueces de la tierra*

«EN LOS CANTOS finales de su poema, Dante recurrirá a lo que algunos han llamado <tropos de lo inefable> que consiste en decir lo que precisamente no se puede decir», nos dice Franc Ducros. En el canto XVIII de El Paraíso, el poeta dice ante la presencia y las palabras de Beatriz: «renuncio a describirlo, no solamente porque desconfíe de mis palabras, sino porque la mente no puede repetir lo que la supera». Los recursos a los que recurre Dante son abundantes, pero me quiero detener en un par que suceden en el mismo canto.

El primero sucede cuando el peregrino, Dante, que no tiene ojos para el abrumador espectáculo de El Paraíso, se concentra en los ojos de Beatriz; no

obstante, el poeta no cae en el lugar común de hacer una oda o un panegírico de esos ojos que podrían, bien o mal, acercarse a lo que se resiste a ser dicho con lenguaje humano. Dante en su fina sabiduría poética da la palabra a Beatriz y en tres versos acierta una vez más: «Venciéndome con la luz de una sonrisa, me dijo: <Vuélvete y escucha que no está sólo en mis ojos el paraíso>». Esto nos habla de la magnificencia del sitio, pero especialmente de la pasión de Dante por Beatriz, quien es el medio por el que Dante ha accedido al sitio divino.

El tema obliga al poeta, y para el verdadero poeta siempre hay otra alternativa, así en el mismo canto Dante da con un nuevo «alfabeto» dibujado ante su mirada, un conjunto de almas salvadas que: «como las aves que se levantan sobre el río [...] forman una bandada circular o alargada [...] trazaban ya una D, o una I, o una L con sus movimientos». Las aves conforman la frase *Diligite iustitiam qui iudicatis terram* («Amen la justicia, ustedes que son los jueces de la tierra»), que es el inicio de *El libro de la sabiduría* de Salomón. Después, el particular «alfabeto» comenzará a representar «claramente la cabeza y el cuello de un águila», y al final, «con un pequeño movimiento completaron la figura del águila». En este producto de la fantasía del poeta se suceden enlazadas las almas (aves) de los salvos, el alfabeto, el libro —más concretamente el libro sagrado— la sabiduría y finalmente el águila, «encarnando» un símbolo concluyente: el águila como la suma de todos los elementos previos. Un ave, dice Borges, «no copiada por cierto de las terrenas sino directa fábrica del espíritu», y continúa: «Resplandece después el águila entera; la componen millares de reyes justos; habla, símbolo manifiesto del Imperio, con una sola voz, y articula yo en lugar de nosotros».

Erich Auerbach supone que la poesía es el camino para la construcción del medio que lleva a la divinidad: «Es Amor el que eleva al ser humano a la presencia de Dios [...] sólo la poesía está preparada para darle forma». Las palabras con que cierra Dante Alighieri la *Divina Comedia* parecen ir en la misma dirección: «pero ya giraban mi deseo y mi voluntad como rueda que igualmente es movida por el Amor que mueve el sol y las demás estrellas».



## ALGUNOS PASAJES DE LA *DIVINA COMEDIA*<sup>93</sup>

de Dante Alighieri



### EL INFIERNO, CANTOS I, II Y III

A LA MITAD del camino de nuestra vida me encontré en una selva oscura, porque había perdido la buena senda. Y ¡qué penoso es decir cómo era aquella selva tupida, áspera y salvaje, cuyo recuerdo renueva el pavor! [I, 1–6].

Cuando di algún reposo a mi cuerpo fatigado, continué mi camino por la desierta playa, donde el pie firme se hundía. De pronto, casi al empezar la salida, una agilísima y veloz pantera (simboliza la lujuria), cubierta de pintada piel, se me puso delante, impidiéndome avanzar, de tal modo que muchas veces hui para volver otras tantas [I, 28–36].

Empezaba entonces a amanecer, y el sol se levantaba rodeado de las mismas estrellas que le acompañaron cuando el amor divino creó tan bellas cosas, como invitándome a esperar, ante aquella fiera de piel manchada, la llegada del día y la dulce sazón; mas no sin que me diese pavor también un león (la soberbia) que se apareció a mi vista [I, 37–45].

Este parecía venir contra mí, alta la cabeza, rugiendo de hambre, tal que pensé que el aire se estremecía. Y una loba (la avaricia) que en su delgadez parecía llena de todos los apetitos y había causado ya la desgracia de mucha gente, me dio tanta pesadumbre con el espanto que su vista provocaba, que perdí la esperanza de alcanzar la cima [I, 46–54].

---

<sup>93</sup> Alighieri, D., *La Divina Comedia en Obras Completas*, versión castellana González Ruiz, N., sobre la interpretación literal Bertini, G. M., BAC, Madrid, 1994.

[...] mientras me deslizaba hacia el fondo oscuro, se me ofreció a los ojos alguien (el poeta Publio Virgilio Marón) que, por el largo silencio que guardaba, parecía sin voz [I, 61–63].

«Entonces, ¿eres tú aquel Virgilio, aquella fuente de la que nace tan caudaloso río de elocuencia? ¡Oh tú, honra y luz de los poetas! ¡Válganme el largo estudio y el profundo amor que me hicieron disfrutar de tu obra! Tú eres mi maestro y mi autor; de ti sólo aprendí el bello estilo que me ha dado gloria. Mira la bestia que me ha obligado a huir. ¡Ayúdame contra ella, sabio glorioso, porque ella me hace palpar las venas y el pulso!» [I, 79–90].

[...] «Poeta, te suplico por aquel Dios que tú no conociste, que pueda huir de este mal y de otros peores...» [I, 130–132].

«Si he comprendido bien tus palabras —respondió la sombra de aquel hombre magnánimo (Virgilio)—, tu alma ha sido atacada por la cobardía, la cual pesa muy a menudo sobre el hombre, de tal modo que lo retrae de alguna empresa honrada, como las apariencias falsas asustan a las bestias. Para librarte de este temor, te diré por qué vine» [II, 43–49].

Yo estaba entre los que viven sin pena ni gloria, cuando me llamó una mujer tan pura y tan bella, que la requerí a que me mandase. Sus ojos brillaban más que los luceros y empezó a hablarme en su idioma con voz angelical, clara y suave:

«¡Oh piadosísima alma mantuana, cuya fama dura todavía en el mundo y vivirá lo que el mundo viva! Mi amigo, y no de la ventura, está en la desierta playa con tantos obstáculos en su camino, que se ha vuelto atrás por miedo. Temo que esté ya tan extraviado, por lo que he oído decir de él en el cielo, que mi socorro llegue tarde. Ve, y con tu elegante palabra y con lo que sea menester para su salvación, ayúdalo de manera que yo quede consolada. Soy Beatriz la que te manda que vayas; vengo del lugar adonde deseo volver y es el amor quien me mueve y me hace hablar» [II, 52–72].

«¿Qué ocurre, pues? (dice Virgilio a Dante) ¿Por qué vacilas? ¿Por qué albergas tanta bajeza en tu corazón? ¿Por qué no te animan el valor y la lealtad, cuando tres benditas mujeres cuidan de ti en el cielo y mis palabras te prometen tanto bien?» [II, 121–126].

«... Guía tú, señor y maestro». Así le dije; y cuando echó a andar, entré por el difícil y áspero camino. [II, 140–141].

Vosotros, los que entráis, dejad aquí toda esperanza [III, 9].



## EL INFIERNO, CANTO IV

ATRAVESÁBAMOS LA SELVA; la selva, digo, poblada de espíritus [63–64].

«¡Oh tú, honor de la ciencia y del arte! ¿Quiénes son éstos, a los que se tributa la honra de recibir trato distinto de los demás?» Y él me replicó: «La buena fama que de ellos se extiende por tu mundo les ha conquistado del cielo esta distinción». Entre tanto, oí una voz que dijo: «Honrad al altísimo poeta: vuelve su sombra, que se había ausentado». Cuando la voz quedó silenciosa, vi cuatro grandes sombras que hacia nosotros venían, cuyo semblante no estaba ni alegre ni triste.

Mi buen maestro comenzó a decir: «Mira aquel que, espada en mano, se adelanta a los otros tres como señor; es Homero, el soberano poeta. El que le sigue es Horacio, el satírico; Ovidio es el tercero, y Lucano, el último» [73–89].

Así vi reunirse la insigne escuela de aquel señor del altísimo canto que vuela sobre todos como un águila (Homero). Después de haber platicado entre ellos breve espacio, aquel se volvió hacia mí con ademán amistoso que hizo sonreír a mi maestro. Y aún me hicieron más honor, pues me llamaron con ellos, de modo que fui el sexto entre tanta sabiduría. Así anduvimos hacia el círculo de fuego, hablando de cosas que es bueno callar, como bueno era hablar de ellas entonces.

Arribamos al pie de un noble castillo, siete veces rodeado de altos muros y ceñido por un lindo riachuelo (Castillo de la fama, templo de la inmortalidad). Atravesamos éste como tierra firme. Por siete puertas entré con aquellos sabios y nos reunimos en un prado verde y fresco. Había allí gentes de mirar reposado y grave, con el semblante lleno de autoridad. Hablaban despaciosa y suavemente [94–114].

Al levantar un poco la vista contemplé al maestro de los sabios (Aristóteles), sentado entre su familia de filósofos. Todos lo miran, todos le tributan honores. Allí vi a Sócrates y a Platón, que estaban más próximos a él que

nosotros; a Demócrito, que piensa que el mundo es fruto de la casualidad; a Diógenes, Anaxágoras, Tales, Empédocles, Heráclito y Zenón [130–138].



## EL INFIERNO, CANTO V

Y DIJE: «POETA (Virgilio), de buena gana hablaría a aquellos dos que van juntos y parecen flotar más ligeros en el viento». Me contestó: «Los verás cuando estén más cerca de nosotros, y entonces les ruegas en nombre de aquel amor que los conduce, y vendrán».

Tan pronto como el viento los trajo hacia donde estábamos, grité: «¡Oh almas en pena! Venid a hablar con nosotros si os lo permiten». Como palomas que movidas por el deseo, con las alas tendidas, van hacia el dulce nido, llevadas de una misma voluntad, así salieron del tropel donde está Dido, viniendo a nosotros por aquel aire inmundo. Tan fuerte fue mi emocionada exclamación.

«¡Oh ser generoso y benigno, que vas visitando por el aire tenebroso a los que teñimos el mundo con sangre! Si gozáramos de la amistad del Rey del universo, le pediríamos para ti la paz, ya que te apiadas de nuestro terrible dolor. Lo que te plazca oír o hablar, nosotros te lo diremos o te lo escucharemos mientras el viento calle como ahora. Tiene asiento la tierra donde nací (Ravena) en la costa donde desemboca el Po, con sus afluentes, para dormir en paz. El amor, que se apodera pronto de los corazones nobles, hizo que éste se prendase de aquella hermosa figura que me fue arrebatada del modo que todavía me atormenta. El amor, que al que es amado obliga a amar, me infundió por éste una pasión tan viva que, como ves, aún no me ha abandonado. El amor nos condujo a una misma muerte. El sitio de Caín espera al que nos quitó la vida» (Gianciotto, hermano de Paolo y marido de Francesca, mató a uno y a otra al sorprenderlos en flagrante delito) [73–107].



Cuando vi a aquellas almas heridas incliné la cabeza; y tanto tiempo la tuve así, que el poeta me dijo: «¿En qué piensas?» «¡Oh infelices! —dije al contestar—. ¡Cuántos dulces pensamientos, cuántos deseos llevaron a éstos al doloroso trance!» Luego me volví a ellos y les dije: «Francesca, tus martirios me hacen derramar lágrimas de tristeza y piedad. Pero dime: en el tiempo de los dulces suspiros, ¿cómo y por qué os permitió el amor que conocieseis los turbios deseos?» «No hay mayor dolor —me replicó— que acordarse del tiempo feliz en la miseria. Bien lo sabe tu maestro. Pero, si tienes tanto deseo de conocer la primera raíz de nuestro amor, te lo diré mezclando la palabra y el llanto. Leíamos un día, por gusto, cómo el amor hirió a Lanzarote. Estábamos solos y sin cuidados. Nos miramos muchas veces durante aquella lectura, y nuestro rostro palideció; pero fuimos vencidos por un solo pasaje. Cuando leímos que la deseada sonrisa fue interrumpida por el beso del amante, éste, que ya nunca se apartará de mí, me besó temblando en la boca. Galeoto (Confidente y encubridor de los amores de Lanzarote y la reina Ginebra) fue el libro y quien lo escribió. Aquel día ya no seguimos leyendo».

Mientras que un espíritu decía esto, el otro lloraba de tal modo que de piedad sentí un desfallecimiento de muerte y caí como los cuerpos muertos caen [109–142].



## EL INFIERNO, CANTO XXVI

¡LLÉNATE DE GOZO, Florencia, puesto que eres tan grande que tu fama vuela por la tierra y el mar, y tu nombradía se extiende por el infierno! [1–3].

Nos marchamos, y por la escalera que formaban las piedras, y que nos había servido para bajar, subió mi guía (Virgilio) tirando de mí, prosiguiendo el solitario camino entre picos y rocas de la escollera, donde el pie no se podía mover sin ayuda de la mano. Me dolí entonces, y me aflijo ahora cuando di-

rijo el pensamiento a lo que vi, y refreno mi espíritu más de lo que suelo para que no vaya donde la virtud no lo guíe, pues si la buena estrella o algo mejor me han dotado de un bien, que yo mismo no me lo envidie [13–24].

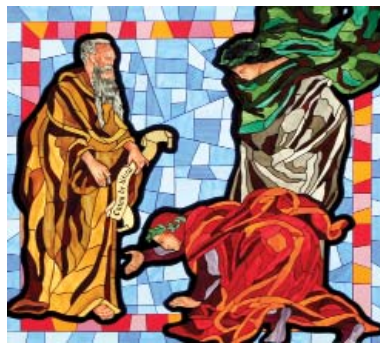
Yo estaba sobre el puente tan absorto en mirar, que, si no me hubiese agarrado a un peñasco, me hubiera caído sin que me empujasen [43–44].

Mi guía, que me vio tan atento, me dijo: «Dentro de las llamas están las almas. Cada una se reviste de la llama en que arde». «Maestro —le respondí—, por oírte decir, estoy más seguro; pero ya se me había ocurrido que fuese así y quería decirte: ¿quién arde en aquella llama dividida por arriba en dos y que parece surgir de la pira en la que Eteocles fue puesto con su hermano?» «Allí dentro padecen su martirio —me respondió— Ulises y Diomedes, y así juntos sufren el castigo como incurrieron en la ira. Dentro de la llama se gime por el engaño del caballo (El gran caballo de madera que preparó Ulises, y que se conoce por <el caballo de Troya>) que fue la puerta por donde salió la noble estirpe de los romanos» [46–60].

«Si pueden hablar dentro de aquella llama —dije yo—, te ruego, maestro, y te lo vuelvo a rogar, y que el ruego valga por mil, que no te niegues a que espere que la llama bicorne llegue hasta aquí, pues tú ves qué vivo deseo me impulsa hacia ella». Y me contestó: «Tu ruego es digno de mucha alabanza y accedo a él; pero procura refrenar tu lengua. Déjame hablar a mí, que yo comprendo lo que tú quieres, y ellos, por ser griegos, tal vez se mostrarían esquivos a tus palabras».

Cuando la llama estuvo donde a mi guía le pareció lugar y ocasión oportunos, le oí hablar en estos términos: «¡Oh vosotros, que sois dos ardiendo en un solo fuego! Si algo merecí de vosotros mientras viví; si algo, poco o mucho, merecía cuando en el mundo escribí mi gran poema (*La Eneida*), no os mováis y que el primero de vosotros (Ulises) diga dónde le llevó a morir su dolor». El extremo más alto de la antigua llama empezó a oscilar; murmurando, como agitado por el viento, y moviendo la punta acá y allá, como si fuera la lengua que hablase, emitió palabras y dijo: «Cuando me separé de Circe, que me mantuvo más de un año preso en Gaeta, antes de que Eneas la llamase así, ni la dulzura del afecto a mi hijo, ni la piedad por mi anciano padre, ni el amor que debía hacer feliz a Penélope pudieron vencer en mí el ansia que sentía de conocer bien el mundo y los vicios y el valor humanos, por la cual me lancé por el ancho mar abierto, solo, con una barca y los pocos compañeros que no me abandonaron nunca. Vi una costa, y la otra hasta España y hasta Marruecos, y la isla de Cerdeña, y las demás que aquel mar baña y circunda. Mis compañeros y yo estábamos viejos y cansados cuando llegamos a aquella estrecha hoz donde Hércules plantó sus señales para que el hombre no pudiera pasar más allá (El estrecho de Gibraltar). Dejé a mi derecha a Sevilla,

y a la otra mano ya había dejado Ceuta». «¡Oh hermanos —dije—, que a través de cien mil peligros habéis llegado a Occidente! a la escasa jornada que les queda a nuestros sentidos no le neguéis la experiencia de seguir detrás del sol hacia el mundo deshabitado. Pensad en vuestra naturaleza. No fuisteis hechos para vivir como los brutos, sino para alcanzar virtud y conocimiento». En mis compañeros desperté con estas breves palabras tanto afán de seguir el viaje, que apenas hubiera podido contenerlos; así, volviendo la popa a levante, hicimos de los remos alas para el loco vuelo [...] Nos alegramos, y pronto nuestra alegría se tornó en llanto, pues de la nueva tierra arrancó un torbellino que sacudió el barco por la proa, lo hizo girar tres veces con el agua y a la cuarta levantar la popa en alto, mientras la proa se hundía, como quiso Aquél, hasta que el mar se cerró sobre nosotros [64–142].



## EL PURGATORIO, CANTO I

PARA SURCAR MEJORES aguas, iza las velas ahora la navecilla de mi ingenio, que deja atrás mar tan cruel, y cantaré de aquel segundo reino donde se purifica el espíritu humano para hacerse digno de subir al cielo. Resurja, pues, aquí la muerta poesía, ¡oh santas musas!, ya que vuestro soy, y aquí Calíope (La musa de la poesía épica) salga a mi encuentro acompañando mi canto con aquella voz cuyos efectos sintieron de tal modo las míseras Urracas (Las hijas de Pieri, rey de Pella, fueron convertidas en urracas por atreverse a desafiar a las musas), que desesperaron de obtener su perdón.

Un suave color de zafiro oriental que se difundía por el sereno aspecto del aire puro hasta el primer cielo, devolvió el placer a mis ojos en cuanto salí de la atmósfera muerta, que me había entristecido los ojos y el corazón. El bello planeta que convida al amor (Venus) hacía sonreír a todo el Oriente, echando un velo sobre la constelación de Piscis, que iba en su escolta. Me volví a la derecha, reparando en el otro polo, y vi cuatro estrellas nunca vistas

desde los primeros humanos (la Cruz del Sur). Gozar parecía el cielo con sus resplandores. ¡Oh septentrión, qué triste lugar eres, pues que te ves privado de miraras!

Cuando dejé de miraras, yo, volviéndome un poco hacia el otro polo, de donde el Carro (la Osa Mayor) había ya desaparecido, vi cerca de mí un viejo solo, digno de tanta reverencia por su aspecto, que más no debe a su padre ningún hijo. Larga y blanqueada por las canas era su barba, así como sus cabellos, que caían sobre el pecho partidos en dos mechones. Los rayos de las cuatro luces santas cubrían de tal modo su rostro de resplandores, que lo veía como si tuviese al sol delante (Catón de Útica 46 a. de J. C.). «¿Quiénes sois vosotros, que, contra la corriente del temeroso río, habéis huido de la prisión eterna? —dijo, moviendo aquella venerable barba— ¿Quién os ha guiado? ¿Quién os alumbró para salir de honda noche que mantiene siempre oscuro el valle infernal? ¿Se han quebrantado así las leyes del abismo? ¿O se ha dado en el cielo un nuevo decreto que permite a los condenados venir a mis grutas?»

Mi guía, entonces, me cogió, y con palabras, ademanes y señas me indicó con reverencia doblase la rodilla y bajase los ojos. Después le respondió: «No vine por mi voluntad: una mujer bajó del cielo y me rogó que con mi compañía ayudara a éste. Pero, ya que tu deseo es que mejor te expliquemos nuestra verdadera condición, en manera alguna puedo negarte nada. Este no ha visto aún su última noche; pero, por su locura, se halló tan cerca que le quedaba muy poco que vivir. Como digo, fui enviado a él para salvarle, y no había otro camino que este por el cual entré. Le he mostrado todos los condenados, y ahora pretendo mostrarle aquellos espíritus que se purifican bajo tu custodia. Cómo lo he conducido hasta aquí, sería largo de contar; de lo alto desciende la virtud que me ayuda a guiarlo hasta verte y oírte. Dígnate acoger con complacencia su venida; va buscando la libertad, que es tan amada como sabe el que desprecia la vida por ella. Lo sabes tú, que por ella no te resultó amarga la muerte de Útica, donde dejaste el cuerpo que en el gran día resplandecerá tanto. No se han violado por nosotros los edictos eternos; éste vive, y nada me sujeta a Minos, sino que estoy en el círculo donde están los castos ojos de tu Marcia (la mujer de Catón), que, por lo que parece, aún te ruega, santo corazón, que la tengas por tuya. En nombre de su amor, acoge nuestros deseos: déjanos caminar por tus siete reinos. Le llevaré nuestro agradecimiento a ella si consientes en ser mencionado allá abajo».

«Marcia fue tan grata a mis ojos mientras estuve allá —dijo entonces—, que cuantas gracias me pedía se las otorgaba. Ahora que habita al otro lado del tenebroso río, ya no tiene poder sobre mí, por la ley que me fue dada cuando dejé mi cuerpo. Pero si una mujer del cielo te mueve y dirige, como

has dicho, no son menester halagos; basta que me lo pidas en nombre de ella. Ve, pues, y haz que éste se ciña un junco liso, y lávale el rostro de modo que se extinga toda suciedad...» [1-96].

« El sol que ahora nace os mostrará mejor subida para escalar el monte» [107-108].



## EL PURGATORIO, CANTOS III, IV, V, VI Y VII

«¡OH ESPÍRITUS YA elegidos! —comenzó Virgilio diciendo—. Por aquella paz que creo os espera a todos vosotros, decidnos por dónde la montaña es accesible, de modo que se pueda subir andando, que perder el tiempo disgusta más a quien más sabe» [III, 73-78].

La cima era tan alta que se perdía de vista, y la pendiente bastante más empinada que la línea que desciende desde la mitad de un cuadrante al centro. Yo estaba cansado y empecé a decir: «¡Oh dulce padre! Vuélvete y mira, que me quedo solo si no te detienes». «Hijito mío —replicó—, sube hasta aquí». Y me señalaba un resalte poco más arriba que por aquel lado rodeaba la montaña. De tal modo me animaron sus palabras que me esforcé trepando para llegar junto a él [IV, 40-50].

Seguía las huellas de mi guía, cuando detrás de mí, señalándome con el dedo, una gritó: «¡Mirad! No parece que brille el rayo de sol a la izquierda de aquel de más abajo y parece moverse como un ser vivo». Volví los ojos al oír estas palabras y las vi mirarme asombradas a mí, solamente a mí y a la luz que yo interceptaba. «¿Por qué tu espíritu se preocupa tanto que el paso acorta? —dijo el maestro— ¿Qué te importa lo que allí se murmure? Ven detrás de mí y déjalos hablar. Permanece firme como una torre, que no se estremece nunca en la cima por el soplo de los vientos (la fortaleza), pues siempre el hombre, en el cual un pensamiento bulle sobre otro pensamiento, se aleja de su meta, porque uno debilita el ímpetu del otro». ¿Qué podía yo decir sino

«Ya voy»? Lo dije, aun cuando cubriéndome del color que hace al hombre, a veces, digno de ser perdonado (Dante se avergüenza y se ruboriza por la reprensión de Virgilio) [v, 2–21].

Cuando me vi libre de todas aquellas sombras que rogaban que otras rogasen para que se abreviara el tiempo de su santificación, dije: «Me parece que tú niegas, ¡oh luz mía!, en algún texto tuyo que los decretos del cielo se aplaquen por la oración (Virgilio había escrito en *La Eneida* [VI]: «No esperéis que el decreto de los dioses se modifique por la oración») y, sin embargo, esta gente ruega para eso. ¿Será su esperanza vana o no he comprendido bien lo que tú escribiste?» Y él me contestó: «Lo que yo escribí está claro, y la esperanza de éstos no quedará fallida si bien se mira con recto criterio, pues el alto juicio no se menoscaba porque el fuego del amor cumpla en un punto lo que deben satisfacer los que están aquí. En el pasaje donde yo hice aquella afirmación no surtía la plegaria su efecto porque el ruego estaba alejado de Dios. Pero sobre duda tan profunda no formes tu opinión hasta que te la aclare aquella que derramará la luz de la verdad sobre tu inteligencia. Lo digo por Beatriz, a la que verás arriba, sobre la cima de este monte, radiante y feliz» [VI, 25–48].

«Por todos los círculos del reino del dolor —respondió— he llegado aquí. El poder del cielo me mueve y por él he venido» [VII, 23–24].



## EL PURGATORIO, CANTOS XIX, XXVII, XXVIII Y XXX

EN LA HORA en que no puede el calor del día, vencido por la Tierra y tal vez por Saturno (en la última hora de la noche, que es la más fría: los antiguos creían que los rayos de la Luna y los de Saturno producían frío), entibiar ya el frío de la Luna; cuando los geománticos (adivinos que interrogaban la Tie-

rra) su mayor fortuna ven en Oriente, antes del alba, surgiendo por un camino por poco tiempo oscuro, se me apareció en sueños una mujer tartamuda, de ojos bizcos y pies torcidos, manca y descolorida. Yo la miraba, y lo mismo que el sol fortalece los miembros entumecidos por el frío de la noche, así mi mirada le soltaba la lengua y después enderezaba su cuerpo en un instante y el demacrado rostro le coloreaba del modo que lo quiere el amor (aquella mujer fea que se embellece bajo la mirada humana representa los bienes terrenales). Después que se hubo soltado a hablar, empezó a cantar de tal manera que con trabajo hubiese apartado de ella mi atención. «Yo soy —cantaba—, yo soy dulce sirena, que enloquezco a los marineros en medio del mar. ¡Tanto es el placer que produce oírme! Aparté a Ulises de su incierto camino con mi canto (realmente no es así: Ulises resistió a las sirenas), y el que a mí se habitúa, raras veces se marcha. ¡De tal modo lo atraigo!»

Aún no había cerrado la boca, cuando apareció junto a mí una mujer santa y dispuesta a confundir a aquella. «¡Oh Virgilio, Virgilio! ¿Quién es ésta?», decía orgullosamente, y él venía con los ojos fijos solamente en la mujer honesta (la prudencia) [XIX, 1–30].

«¿Qué tienes, que sólo miras hacia la tierra?», empezó a decirme mi guía a poco de que el ángel nos dejara. Y yo le contesté: «Me ha llenado de dudas una nueva visión que me atrae a sí de tal modo, que no puedo dejar de pensar en ella». «Viste —me dijo— aquella antigua bruja por culpa de la cual se llora en los recintos que están sobre nosotros (El placer mundano, tan viejo como el mundo), y viste cómo el hombre se desliga de ella. Bástete, y camina hacia adelante con resolución; vuelve los ojos al reclamo de las esferas celestes, que hace girar el rey eterno» [XIX, 52–63].

Ya ante los esplendores crepusculares, que resultan tanto más gratos al peregrino cuanto, al regreso, se alberga menos lejos que su patria, huían las tinieblas por todos lados y mi sueño con ellas, cuando me levanté, viendo a mis grandes maestros ya levantados. «Aquel dulce fruto que hoy por tantas ramas va buscando el afán de los mortales (el supremo bien), hoy, en paz, saciará tu hambre». Virgilio dijo estas palabras volviéndose a mí, y nunca hubo regalo que me causara un placer igual. Tanto deseo sobre deseo me asaltó de hallarme arriba, que a cada paso parecían crecerme alas para volar. Cuando toda la escalera quedó bajo nosotros y estuvimos en el escalón más alto, fijó Virgilio sus ojos en mí y me dijo: «Has visto, hijo, el fuego temporal y el eterno y has llegado a un lugar en el que yo, por mí mismo, no distingo más. Te he traído hasta aquí con ingenio y con destreza; toma desde ahora tu voluntad por guía; ya estás fuera de los caminos escarpados y angostos. Mira el sol que te da en la frente; mira las hierbecillas, las flores y los arbustos que sólo esta tierra produce. Mientras llegan felices los bellos ojos que llorando me

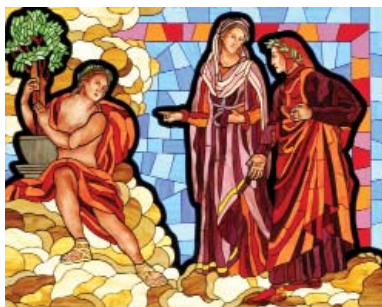
hicieron ir por ti, puedes sentarte o puedes andar entre las flores. No esperes ya mis palabras ni mi consejo; libre, recto y sano es tu albedrío, y sería un error no hacer lo que él te diga, por lo cual yo, considerándote dueño de ti, te otorgo corona y mitra» [xxvii, 109–142].

(La inteligencia no puede conducirte más allá. Pronto vendrá Beatriz: «los bellos ojos que, llorando, me hicieron ir a ti», y, entre tanto, por la razón esclarecida, eres libre dueño de tu persona, «corona», y de tu espíritu, «mitra»).

Me volví hacia la izquierda, con la confianza con que el chiquillo corre hacia su madre cuando tiene miedo o cuando está afligido, para decirle a Virgilio: «No me ha quedado ni un adarme de sangre que no tiemble; reconozco las señales de la antigua llama». Pero Virgilio nos había dejado privados de él; Virgilio, el dulcísimo padre; Virgilio, al cual para mi salvación, se me entregó. Ni todo lo que perdió nuestra primera madre (el paraíso terrenal) evitó que mis mejillas limpias se oscureciesen llorando. «Dante (este es el único lugar del poema en que el autor se nombra a sí mismo), porque Virgilio se haya ido, no llores aún; no llores todavía, porque por otra herida has de llorar». Como el almirante que de popa a proa va revistando a la gente que sirve en los otros buques y la alienta a cumplir con su deber [xxx, 43–60].

Vi a la mujer que antes se me apareció velada por la nube de flores de los ángeles dirigir hacia mí los ojos desde el lado de allá del río [xxx, 64–66].

«¡Mírame bien! Soy yo; soy realmente Beatriz. ¿Cómo te creíste digno de subir al monte? ¿No sabías que aquí el hombre es feliz?» [xxx, 73–75].



## EL PARAÍSO, CANTO I

LA GLORIA DE Aquel que todo lo mueve se extiende por el universo y resplandece en unas partes más y menos en otras. En el cielo que más intensamente recibe la luz estuve yo y vi cosas que ni sabe ni puede narrar el que descende



de allí, pues al acercarse a su deseo nuestro entendimiento profundiza tanto, que la memoria no puede seguirle. Sin embargo, cuanto del santo reino haya podido atesorar en mi mente, será ahora materia de mi canto. ¡Oh buen Apolo! Para este último trabajo conviérteme en vaso tan lleno de tu valor como lo exigés para otorgar el amado laurel. Hasta aquí, una de las cumbres del Parnaso me bastó; pero ahora las dos me son necesarias para entrar en lo que me queda por recorrer (el Parnaso tenía dos cimas. En una habitaban las musas, cuyo auxilio ha sido suficiente hasta ahora para el poeta. La otra era sede de Apolo, y se reclama también su ayuda). Entra en mi pecho y canta por mi boca del mismo modo que cuando sacaste a Marsias de la vaina de sus miembros (Marsias, que desafió a Apolo a cantar, era un sátiro que fue desollado en castigo de su audacia). ¡Oh divina virtud! Si me ayudas de modo que pueda manifestar una sombra del bendito reino estampada en mi mente, me verás llegar a tu árbol predilecto y coronarme entonces con aquellas hojas, pues la materia de que trato y tú me haréis digno de ello. Tan raras veces, padre, se consigue eso para triunfar como César o como poeta, culpa y vergüenza de la voluntad humana, que podría infundir alegre dicha en la serena deidad délfica (Apolo) el follaje del árbol peneo (aquel en que fue transformada Dafne) cuando alguien siente sed de alcanzarlo [1–33].

No pude sostener la mirada mucho tiempo ni tan poco que no viese un resplandor en torno, como de hierro candente que sale del fuego, y de repente pareció como que un día se agregaba a otro, como si Aquel que todo lo puede hubiese adornado el cielo con otro sol. Beatriz permanecía con los ojos fijos en las eternas esferas, y yo en ella fijaba los míos, apartados de la altura. Al contemplarla me transformé interiormente al modo de Glauco al gustar la hierba que le hizo en el mar compañero de los dioses (el pescador Glauco comió una hierba que lo convirtió en un dios del mar). El transhumanar no se puede expresar con palabras; baste, por eso, con el ejemplo de aquellos a los que la gracia proporcione una experiencia así.

Si yo era sólo aquella parte de mí que creaste primeramente, ¡oh amor que gobiernas el cielo!, tú lo sabes, que me elevaste con tu luz. Cuando la esfera que gira por deserte eternamente me atrajo a sí (Empieza la ascensión del poeta a los cielos), con la armonía que tú mides y distribuyes, me pareció entonces que tanta parte del cielo se encendía con la llama del sol, que ni las lluvias ni los ríos formaron nunca un lago tan inmenso [58–81].



## EL PARAÍSO, CANTOS III, V, XI, XXIII Y XXXIII

AQUEL SOL QUE primero había encendido mi pecho de amor (Beatriz) me acababa de descubrir el dulce aspecto de una bella verdad, demostrándomela y refutándome, y yo, para confesarme corregido y convencido en el grado que debía, levanté la cabeza para hablar claramente, pero se me apareció una visión [III, 1–7].

Así empezó Beatriz este canto, y, como aquel que no interrumpe su discurso, continuó de este modo su santa enseñanza: «El mayor don que Dios, en su liberalidad, nos hizo al crearnos, el que está con la bondad más conforme y el que más estima, fue el del libre albedrío, del que las criaturas inteligentes todas, y sólo ellas, están dotadas» [v, 16–22].

«Abre el entendimiento a lo que te voy enseñando y enciérralo en su interior, pues no da ciencia haber oído sin retener después» [v, 40–41].

«Sed, cristianos, más cuidadosos en vuestras acciones; no seáis como pluma a todo viento y no creáis que toda agua os lava. Tenéis el Nuevo y el Antiguo Testamento y el pastor de la Iglesia, que os guía; que eso os basta para vuestra salvación. Si los malos deseos os gritan otra cosa, sed hombres y no ovejas locas» [v, 73–79].

Así me lo dijo Beatriz, como lo escribo, y después se volvió toda anhelante hacia aquella parte donde el mundo está más iluminado [v, 85–87].

¡Oh insensatos cuidados de los mortales; !Cuán débiles son las razones que os hacen volar a ras de tierra! Quién se iba tras el derecho, quién tras la medicina, y quién en seguir el sacerdocio, o en reinar por la fuerza o el engaño, o en robar, o en entregarse a los negocios civiles o a los deleites de la carne se afanaba, o se daba al ocio, mientras, libre de todas estas cosas, me estaba yo con Beatriz arriba en el cielo, donde fui tan gloriosamente acogido [XI, 1–12].

Como el ave entra la amada fronda, después de haber reposado junto al nido de sus dulces hijuelos durante la noche, que esconde las cosas, para ver aquellos seres queridos y encontrar con qué alimentarlos, pesado trabajo que

les es agradable, se adelanta al tiempo sobre el abierto follaje y con ardiente anhelo espera al sol, mirando fijamente donde el alba nace [XXIII, 1–7].

A la alta fantasía le faltaron aquí las fuerzas; pero ya giraban mi deseo y mi voluntad como rueda que igualmente es movida por el amor que mueve el sol y las demás estrellas [XXXIII, 142–145].



## LO PENÚLTIMO

Rubén González Argüelles, ofm.

EL SABER HUMANO nos concede certidumbres racionales evidentes, pero siempre en el horizonte de un conocer penúltimo, no último. El saber último pertenece sólo a Dios<sup>94</sup>. Para la mente humana, lo cierto es siempre penúltimo. «El saber último, saber incierto», aunque puede ser razonable e inspirador, enseña Pedro Laín Entralgo. «Lo más propio que hace una persona responsablemente es ensayar y ensayar».<sup>95</sup> Hay que aspirar siempre a mayor perfección en el mundo de ideas, lograr dar forma y determinación en el vivir de lo pensado.

No basta vivir una vida circunspecta —pero hay que vivirla—, en lo que podemos cifrar del dinamismo propio del devenir de la existencia. La vida es lo que hacemos y lo que nos pasa. Hay que construir, rehacer continuamente un ideal ario, vivir en nobleza–sabiduría, en la suma de abundantes hechos responsables casi perfectos; pero hay que contar con algo muy secreto, difícil de saber y aprehender sobre la condición, realidad, sentido humano. Por linaje pertenecemos al mundo de Misterio de Dios. Al Abastado, Guardador, Hacedor, no podemos alcanzarlo por la luz del entendimiento, sólo por la fe. El saber humano casi perfecto está lejos del saber de Dios y más distante de entender sus designios, su «voluntad» para los hombres.

No son los resultados inmediatos, excelentes, los que miden el sentido de la vida, son realidades que deben trascenderse; a veces serán brillantes, en ocasiones muy oscuras: «Desmentir al tiempo, besar de nuevo el alba [...] Renacer, resurgir, recrearse».<sup>96</sup> Dante Alighieri, Miguel de Cervantes, sus vidas y obras dan testimonio de su aristocracia divina. En los últimos días de Antonio Machado, proscrito en Collioure, Francia, narra su hermano José

---

<sup>94</sup> Cfr. Huerga, Álvaro, «El, su celda y sus libros» en *Fray Luis de Granada Una vida al servicio de la Iglesia*, BAC, Madrid, 1988, pp. 272-287.

<sup>95</sup> Cfr. Laín Entralgo, Pedro, «El autor habla de sí mismo» en *Obras, op. cit.*, pp. XI-XXXI. Laín enseña que el cultivo del ensayo debe llevar dentro de sí, en medida alguna, la aspiración al sistema. El ensayo es una «sugestiva teoría de urgencia», por lo tanto, el ensayista tiene la obligación de hacer alguna vez explícito, ya sin urgencia, el argumento de su teoría acrisolada.

<sup>96</sup> Duarte, Carles, «Huir de ser» *Medio siglo de oro Antología de la poesía contemporánea en catalán*, Selección, traducción y prólogo, Moga, Eduardo, Fondo de Cultura Económica en España, Madrid, 2014, pp. 156-157.

Machado que le decía con inquietud dolida: «vamos a ver el mar».<sup>97</sup> La entraña misma de la vida es como el mar: entropía —magnitud, energía, cambio, giro, orden, desorden de sistema— vivísima. Saber y hacer humanidad en nosotros mismos es vivir en el manantial que llevamos muy dentro de nuestro ser:

¿Quién pudiera entender los manantiales,  
 el secreto de agua  
 recién nacida, ese cantar oculto  
 a todas las miradas  
 del espíritu, dulce melodía  
 más allá de las almas...?  
 [...]  
 Luchando bajo el peso de la sombra,  
 un manantial cantaba.  
 Yo me acerqué para escuchar su canto,  
 pero mi corazón no entiende nada.  
 [...]  
 ¡Mi corazón es malo, Señor! Siento en mi carne  
 la inaplacable brasa  
 del pecado. Mis mares interiores  
 se quedaron sin playas.  
 Tu faro se apagó. ¡Ya los alumbraba  
 mi corazón de llamas!  
 [...]  
 ¡Señor, arráncame del suelo; ¡Dame oídos  
 que entiendan a las aguas!  
 Dame una voz que por amor arranque  
 su secreto a las ondas encantadas,  
 para encender su faro sólo pido  
 aceite de palabras...<sup>98</sup>

Vivir el Manantial que somos por participación divina: conocerlo en sus entrañas, dialéctica de contrarios —hacia un saber penúltimo—, transformarlo en Dios y extenderlo a la humanidad; es el faro que sigue iluminando a nuestro mundo, lo selecto de espíritu, lo mejor de la Humanidad. Manantial luminoso como los fragmentos de las obras de la *Divina Comedia* y *Don Quijote de la Mancha*, recogidos en este libro y dibujados en las vidrieras del Aula

<sup>97</sup> Cfr. Millán Jiménez, Antonio, Editor, «El exilio y la muerte. De Barcelona a Colliure. (1938-1939)» en *Antonio Machado. Laberinto de espejos*, Consejería de Cultura Centro Andaluz de las Letras, Málaga, 2009, pp. 219-229.

<sup>98</sup> García Lorca, Federico, «Manantial» en *Obras Selectas*, Espasa Calpe, Madrid, 1998, pp.139-143.

Magna del Colegio México Franciscano. Seguirán iluminando, inspirando sus colores, formas, figuras, en la imaginación del espectador que busca, cultiva la voz, la unción-aceite de palabras de varonas, varones que en Espíritu creador han sido arrancados del suelo, y saben del agua recién nacida, del canto oculto más allá de las almas... que singlan nuevos mares, manantiales en ondas encantadas... formando «Humanidad» nueva.







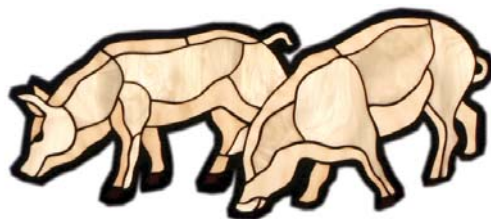
*Ófalos del Colegio México Franciscano de Zapotlán el Grande, Jalisco.*



## CONTENIDO

<b>PREFACIO</b> .....	7
<b>CONQUISTA DEL LINAJE DE LA HUMANIDAD</b> RUBÉN GONZÁLEZ ARGÜELLES, OFM. ....	9
<b>LUZ DEL ALMA</b> <b>APROXIMACIONES EPISÓDICAS A EL QUIJOTE A TRAVÉS DE LOS VITRALES</b> <b>DEL AULA MAGNA DEL COLEGIO MÉXICO FRANCISCANO DE ZAPOTLÁN</b> VICENTE PRECIADO ZACARÍAS .....	25
<b>VITRAL 1</b> MESA DE LECTURA DE CERVANTES LIBRO I, PRÓLOGO .....	36
<b>VITRAL 2</b> DON QUIJOTE ES ARMADO CABALLERO LIBRO I, CAPÍTULO III .....	40
<b>VITRAL 3</b> ESCRUTINIO Y QUEMA DE LIBROS LIBRO I, CAPÍTULO VI .....	42
<b>VITRAL 4</b> DON QUIJOTE CONVENCE A SANCHO PARA QUE SEA SU ESCUDERO LIBRO I, CAPÍTULO VII .....	45
<b>VITRAL 5</b> ALDONSA LORENZO (DULCINEA DEL TOBOSO), SANCHO Y DON QUIJOTE LIBRO I, CAPÍTULOS I, XXV Y XXXI .....	47
<b>VITRAL 6</b> SANCHO QUIERE ACOMPAÑAR DE NUEVO A DON QUIJOTE COMO SU ESCUDERO Y LO DISCUTE CON TERESA PANZA LIBRO II, CAPÍTULO V .....	49
<b>VITRAL 7</b> SANCHO Y LA DUQUESA LIBRO II, CAPÍTULO XXXIII .....	51
<b>VITRAL 8</b> SENTENCIAS DEL GOBERNADOR SANCHO LIBRO II, CAPÍTULOS XLV Y XLIX .....	53
<b>VITRAL 9</b> LA MUERTE DE DON QUIJOTE LIBRO II, CAPÍTULO LXXIV .....	55





<b>ALGUNOS PASAJES DE <i>DON QUIJOTE DE LA MANCHA</i></b>	
<b>DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA</b> .....	59
LIBRO I, PRÓLOGO .....	59
LIBRO I, CAPÍTULO III .....	60
LIBRO I, CAPÍTULO VI .....	61
LIBRO I, CAPÍTULO VII .....	63
LIBRO I, CAPÍTULOS I, XXV Y XXXI .....	65
LIBRO II, CAPÍTULO V .....	67
LIBRO II, CAPÍTULO XXXIII .....	69
LIBRO II, CAPÍTULOS XLV Y XLIX .....	70
LIBRO II, CAPÍTULO LXXIV .....	72

**LA *DIVINA COMEDIA***

**UN RECORRIDO POR LOS VITRALES DEL AULA MAGNA DEL COLEGIO MÉXICO DE ZAPOTLÁN**

RICARDO SIGALA .....	75
VITRAL 1	
EL INFIERNO, CANTOS I, II Y III .....	78
VITRAL 2	
EL INFIERNO, CANTO IV .....	80
VITRAL 3	
EL INFIERNO, CANTO V .....	82
VITRAL 4	
EL INFIERNO, CANTO XXVI .....	84
VITRAL 5	
EL PURGATORIO, CANTO I .....	87
VITRAL 6	
EL PURGATORIO, CANTOS III, IV, V, VI Y VII .....	89
VITRAL 7	
EL PURGATORIO, CANTOS XIX, XXVII, XXVIII Y XXX .....	92
VITRAL 8	
EL PARAÍSO, CANTO I .....	94
VITRAL 9	
EL PARAÍSO, CANTOS III, V, XI, XXIII Y XXXIII .....	96

**ALGUNOS PASAJES DE LA *DIVINA COMEDIA***

<b>DE DANTE ALIGHIERI</b>	
EL INFIERNO, CANTOS I, II Y III .....	99
EL INFIERNO, CANTO IV .....	101
EL INFIERNO, CANTO V .....	102
EL INFIERNO, CANTO XXVI .....	103
EL PURGATORIO, CANTO I .....	105
EL PURGATORIO, CANTOS III, IV, V, VI Y VII .....	107
EL PURGATORIO, CANTOS XIX, XXVII, XXVIII Y XXX .....	108
EL PARAÍSO, CANTO I .....	110
EL PARAÍSO, CANTOS III, V, XI, XXIII Y XXXIII .....	112

**LO PENÚLTIMO**

RUBÉN GONZÁLEZ ARGÜELLES, OFM. ....	115
-------------------------------------	-----



DEL LINAJE DE LA HUMANIDAD de Rubén González Argüelles, Vicente Preciado Zacarias y Ricardo Sigala, fue impreso en Sericolor Diseñadores e Impresores, S.A. de C.V., Ma. Refugio Morales 583, Col. El Porvenir, Colima, Colima, México, en febrero de 2019, el tiraje consta de 1,300 ejemplares sobre papel couche de 150 gr para interiores y en portada terminado en pasta rígida.